

ETCETERA

correspondencia de la guerra social

57

La ciudad mercancía

**La industria turística y la especulación urbanística
en el estado español**

Barcelona es más que una ciudad, es un negocio

**La práctica urbana que nos une, contra el
urbanismo que nos separa**

Hemos recibido...

Correspondencia

Desde París: Descarrío

Desde Bruselas: Por qué no voto

Desde Cuba: En el ojo del huracán

Desde Barcelona: Contra los turismos

Junio 2017



El capitalismo, en su proceso de colonización y mercantilización del mundo llega hasta el espacio mismo: el suelo urbano, la ciudad se convierte en mercancía, en valor de cambio, en objeto de especulación inmobiliaria. Hablamos de una tendencia: la total urbanización del espacio por el Estado (del capital). Contra ella se erige nuestra apropiación de la ciudad: volver a la calle, donde se cultivan las relaciones sociales entre iguales, donde se conquistan los derechos sociales, donde la palabra encuentra su soporte en los muros que la contienen, donde la mentira elaborada en las pantallas es disuelta en la conversación y el intercambio de ideas, donde más allá de la ruta museística y folklórica fijada, siempre queda un posible callejear.

Nos fijamos en este número de Etcétera en esta lucha entre las propuestas de la Administración y nuestras necesidades y deseos. Nos fijamos en los procesos de turistificación y de gentrificación en la ciudad de Barcelona, pasando, para ello, de la necesaria abstracción a los episodios más a ras de suelo.

Correspondencia llegada desde Cuba, desde París, desde Bruselas y desde Barcelona así como el comentario a libros que hemos recibido, cierran esta entrega 57 de Etcétera.

Etcétera, junio 2017



La ciudad mercancía

En el Etcétera n° 35 de junio del 2001 escribíamos sobre cómo la sociedad capitalista es eminentemente urbana. Actualmente de los 7.400 millones que constituyen la población mundial el 58% ya vive en las ciudades, porcentaje que aumenta al 80% en el caso de América Latina y el Estado español; en la UE el 75% de su población vive en núcleos urbanos.

Asimismo en el n° 37 de Etcétera (junio 2003) constatábamos cómo propagandísticamente, esta «ciudad de los prodigios» que es Barcelona era: *la ciudad más grande del mundo*. Los publicistas siempre exageran lo que les interesa a los que les pagan y callan lo que creen que les perjudica. En lo que sí Barcelona es una de las mayores ciudades del mundo es en densidad de población, solo aventajada por su vecina L'Hospitalet de Llobregat que es la ciudad más densamente poblada de la Unión Europea. En el Área Metropolitana de Barcelona se concentra más de la mitad de la población catalana. Además Catalunya con 7 millones de habitantes recibió en un año 17 millones de turistas de los cuales 9 millones vinieron a Barcelona. Volvemos ahora a retomar el debate sobre la ciudad en el actual contexto cambiante al que dedicamos de nuevo una mirada.

El Capital en su tendencia a convertirlo todo en mercancía llega hasta el espacio mismo. A través del espacio modificado por el trabajo humano circulan los diversos flujos económicos. El espacio se ha convertido en un bien estratégico para los negocios del capital. Los flujos de energía circulan por medio de las torres eléctricas construidas en campos, bosques o salvando montañas, el petróleo mediante los oleoductos que atraviesan desiertos o inmensos territorios helados. Los flujos de materias primas y mercancías o de mano de obra fluyen a través de carreteras, líneas de ferrocarril, aéreas y marítimas. Los flujos monetarios del capitalismo financiero circulan a gran velocidad a través de redes espa-

ciales controlados por satélites u otros medios ubicados en distintos puntos del globo. Todos los flujos parten o se encuentran en determinados puntos espaciales. La construcción y el mantenimiento de dichos puntos y redes dan grandes beneficios al capitalismo, la gran mayoría pagados con el dinero que los Estados recaudan mediante impuestos a los habitantes del planeta. Por lo tanto el control, la posesión y planificación del espacio para su beneficio se ha convertido en cuestión prioritaria para el Capital. También el espacio de la ciudad, el suelo urbano ha adquirido una importancia creciente para los negocios capitalistas. Los flujos de capital excedente se invierten especulativamente en el sector inmobiliario y urbanístico. Las inversiones en terrenos, la compra y venta de suelo construido y sin construir así como sus sucesivas recalificaciones, su urbanización y la construcción y la especulación que todo ello genera da enormes beneficios al flujo de capital especulativo que circula por el mundo entero, parándose allí donde más le interesa en cada momento. Pero no solo ha sido urbanizado el espacio de las ciudades también las poblaciones del mar y sus costas, las montañas y el campo con la industria del turismo y el ocio. Una gran parte del espacio planetario se ve acosado por estrategias especulativas. El espacio, el suelo de la Tierra no es contemplado por el Capital como un bien de uso sino como un valor de cambio.

Hace décadas que la economía productiva, la fábrica, ha abandonado la ciudad quedando ésta dominada económicamente por el sector terciario, el de los servicios , actividades financieras y la construcción, igualmente como centro de la industria del consumo y el ocio (turismo, cultura, etc). La ciudad desindustrializada ha transformado profundamente su estructura social y territorial, ha posibilitado la deriva financiero-especulativa de su espacio urbano. Se ha metamorfoseado en la ciudad-mercancía, lo que según Henri Lefebvre señala «el paso de la producción en el espacio a la producción del espacio». También significa el dominio total del espacio como mercancía, o como lo definió el mismo Lefebvre «el espacio abstracto», disponible para la especulación y la extracción

del máximo beneficio, lo que lo hace contrapuesto al «espacio vivido» y hecho habitable por la cotidianidad de sus vecinos, es decir, los habitantes vinculados al barrio.

La ciudad como mercancía produce el espacio como valor de cambio, impidiendo su realización como valor de uso e imposibilitando, de esta manera, la satisfacción de las necesidades de sus habitantes. Según Harvey los capitalistas necesitan invertir constantemente el excedente de capital que genera la plusvalía. Por ello estos capitalistas, actualmente bajo la tapadera de fondos de inversión, invierten su capital comprando suelo e inmuebles en espera de futuras ganancias. De esta forma el suelo urbano se ha convertido en un activo financiero que actúa como capital ficticio. Ya durante el proceso de remodelación de París, llevado a cabo por Haussmann entre 1852 y 1870, Balzac advirtió que se encontraba bajo la amenaza de la «espada de Damocles de ese monstruo que se llama especulación» y «bajo el látigo de una diosa sin piedad: la necesidad de dinero». Este proceso especulativo se ha acelerado mucho más a partir de la última mutación capitalista (el llamado neoliberalismo) pero principalmente como consecuencia del determinismo técnico y de la aplicación de las nuevas tecnologías que permiten no solo mover grandes masas dinerarias a una mayor velocidad sino también un tratamiento o visión del espacio a gran escala.

El suelo de la ciudad, el espacio urbano como mercancía de la que se espera una plusvalía, es una forma ficticia de capital cuyas rentas rendirán cuentas en un futuro. En esto comparte la misma ficcionalidad que el mercado del arte o el llamado mercado de futuros: fondos de inversión que compran cosechas enteras antes de plantarlas con el objetivo de acapararlas y hacer subir los precios haciendo negocio con el hambre. No es extraño que se tiren al mar los frutos de la tierra si ésta ha sido generosa y su abundancia baja el precio del producto señalado con antelación. El proceso de especulación urbanística es discontinuo y no se da al mismo tiempo en todos los lugares del mundo pero sí que tiene una misma característica: la desposesión y expulsión de las gentes de los luga-

res donde habitan y de su condición de vecinos de los barrios en que viven. Lo que ha hecho habitables las ciudades es el hecho de vivir cotidianamente, lo que la especulación mercantil impide mediante el proceso de «acumulación por desposesión» (algunos académicos denominan a este proceso con otros nombres como por ejemplo gentrificación).

Los especuladores y los urbanistas quieren una ciudad sin ciudadanos y sin contar con ellos planifican su destrucción y reconstrucción. Los habitantes son unos objetos más que forman parte del «proceso urbanístico» y si plantean problemas hay que solucionarlos. Por lo tanto, en la especulación inmobiliaria se recurre a cualquier estratagema, violencia o confabulación para controlar el precio del suelo o del inmueble. Los barrios se dejan degradar y se cambian las leyes para que los especuladores puedan comprar barato. Sin embargo, en otras ocasiones se controla al mercado, esa entelequia que todo lo encubre. Por ejemplo, para salvar a los bancos de la quiebra en el momento de la explosión de la burbuja inmobiliaria se inyectan inmensas cantidades del dinero del Estado al sistema financiero. Aunque haya pisos vacíos, como los 80.000 de Barcelona, se permite que su precio de venta o alquiler así como el del suelo que es el más importante se mantenga o baje un poco, lo que aprovechan los especuladores financieros para comprar pues saben que en poco tiempo seguirá subiendo.

La ciudad-mercancía produce el espacio como valor de cambio. Su valor de uso es una simple coartada para su valor de cambio, el único realmente importante para el capitalismo. Por lo tanto, el hacer una ciudad habitable para los ciudadanos cuyas vidas son realmente las que la conforman, el satisfacer sus necesidades no es prioritario para el sistema capitalista ni para sus políticos municipales que gobiernan la ciudad y la gestión de su suelo. La ciudad-mercancía puede verse como un gran receptáculo, una inmensa mercancía, dentro del cual se organiza el acceso de la gente (de los individuos) al resto de mercancías. La ciudad-mercancía es un sistema espacial y económico complejo con sus dinámicas propias, sectores al servicio de la clase dominante ponen el espacio a su

servicio, lo que les permite la acumulación de enormes beneficios y seguir dominando el proceso de destrucción-reconstrucción de la ciudad que los capitalistas consideran exclusivamente suya para sus negocios. En el reverso de la moneda, se encuentran los ciudadanos, que si bien su actividad cotidiana conforma la ciudad, son para el Capital un objeto sobrante: somos la mayoría que sufrimos las consecuencias generadas por el sistema económico-político capitalista. Topamos aquí con la mayor contradicción del modo de producción capitalista basado en el trabajo asalariado y que sin embargo no puede dar trabajo al obrero que necesita en la producción (de valor) y en la realización (consumo). Si los ciudadanos queremos volver a ser vecinos y habitantes de la ciudad sólo nos queda conquistar el derecho a la ciudad por nuestros propios medios.

Toda mercancía tiene que dotarse de un relato glorioso para incrementar su fetichismo y así poder venderse en las mejores condiciones. Toda ciudad-mercancía construye su relato mediante la propaganda y a través de ella publicita su imagen de ciudad-simulacro: donde la apariencia representada pretende encubrir la realidad. Hay partes de verdad en todo relato propagandístico. Lo más importante de este relato y de la información en él vertida no pretende tanto cambiar la opinión de la gente sino generar una práctica, provocar una acción sin pasar por la reflexión, hacernos reaccionar de manera automática como objetos pasivos y mercantilizados. En este relato de la ciudad-mercancía la cultura juega un papel determinante, toda ciudad tiene sus escritores y artistas paradigmáticos, sus monumentos y sus edificios singulares, sus rincones elegidos. Así todos repetimos los mismos eslóganes que los publicistas han «creado» para la ciudad. Todos los turistas vamos a los mismos lugares en cualquier ciudad y son los lugares que aconseja la agencia de viajes, la guía turística, el Ayuntamiento de la ciudad. Incluso dejamos que las agencias de viajes nos preparen una ruta «de aventura peligrosa» de una hora por los barrios peligrosos de las ciudades (como sucedió en Rio de Janeiro antes de las Olimpiadas con la ruta por las Favelas). No hay tiempo para

más en la ajetreada vida del turista, la visita turística se realiza a la velocidad de la luz. Pero toda ciudad debe tener un relato aunque para todas sea un relato similar. Barcelona empezó a construir su actual relato «mítico» de *la botiga més gran del món (la tienda más grande del mundo)*, con los eventos de 1992.

Son los políticos los que han construido y siguen construyendo este relato fantástico de la ciudad con la ayuda de intelectuales y periodistas. Siempre al servicio de unos determinados intereses de la clase dominante. Ellos han montado esta imagen de la ciudad-simulacro donde la realidad nada tiene que ver con la apariencia y su relato lleno de simulaciones y confusiones, incapaz de distinguir entre realidad y fantasía. También han sido los políticos los que han dictado e impuesto las leyes que permiten y alientan esta especulación urbanística desahogada, siempre con el nombre del pueblo y el ciudadano en la boca pero implantando un estado de derecho al servicio de la minoría capitalista y contra la mayoría de los ciudadanos. Asimismo ellos con sus arquitectos han pensado y ejecutado los más dispares y a veces disparatados planes urbanísticos, siempre ajustados a «derecho», siempre ajustados a sus servicios y corruptelas varias. Una misma idea une a los políticos y a los urbanistas (ingenieros o arquitectos) es la vieja idea del despotismo ilustrado: dicen que todo lo hacen para el pueblo pero no quieren ver al pueblo ni en pintura.

La ciudad-mercancía está marcada por el determinismo de la técnica. En las ciudades se aplica la técnica en su máximo desarrollo, es un campo de pruebas para la investigación y aplicación de las tecnologías, sobre todo las de control y vigilancia. La técnica también ha permitido una aceleración en los procesos urbanísticos de las ciudades, la aceleración del tiempo es fundamental para la sociedad capitalista. Las nuevas tecnologías facilitan la fragmentación de la ciudad, lugares acotados prohibidos a la mayoría. También una ciudad vigilada, tan controlada como llena de temores, donde el miedo es el mensaje. Una ciudad polarizada y marcada por la opresión y el encierro, la precariedad, la presión económica y policial. Controlar y prevenir pasa a ser objetivo prioritario de la

ciudad-mercancía. Para poder aumentar el control ha de circular un peligro contra el que pedir seguridad así el Estado pasa a ser un Estado policial. También la prevención se convierte en una petición de seguridad: hacer la guerra por si acaso nos atacan... la policía de barrio...

«La ciudad es esencialmente una creación humana», escribe David Harvey en su libro «Ciudades rebeldes». Ya en 1964 María Zambrano había escrito en su artículo «La ciudad creación histórica»: «Pocas cosas hay en la humana historia que tengan más carácter de creación que la ciudad (...) La ciudad es lo más creador entre las estructuras de humana convivencia»... ¿Dónde queda el sentido de estas frases ante el empuje salvaje de la ciudad-mercancía del capital contra sus habitantes? quizás debamos volver a encontrar el deseo de ser ciudadanos libres.

La industria turística y la especulación urbanística en el estado español

El sistema industrial español siempre ha sido débil, ligado al Estado y al sistema financiero. Bajo la larga dictadura militar-católica franquista el sector productivo continuó siendo débil dominado por las pequeñas y medianas empresas. Las empresas del automóvil o siderúrgicas como no tenían proyectos de investigación y desarrollo pronto quedaron obsoletas o dependientes de sus matrices europeas o americanas. El estado dictatorial potenció una serie de empresas de servicios: electricidad, agua, gas, petróleo, telefonía, de carácter monopolista y ligadas totalmente al oligopolio financiero de bancos y cajas de ahorros (en la actualidad reconvertidas también en bancos). Esos monopolios realizaron una gran acumulación de capital. Junto a ellas surgieron una serie de empresas constructoras e inmobiliarias también muy ligadas al sistema financiero y al estado que les daba las obras públicas, sobre todo pantanos, carreteras, puentes etc. y la construcción de polígonos de viviendas de mala calidad para cubrir el déficit de viviendas de las ciudades que recibían la avalancha de campesinos

que huían de la pobreza y el terror que terratenientes y caciques, los dueños de la tierra, habían impuesto en sus pueblos.

También se creó la industria turística que unió los intereses de constructores, hoteleros o futuros hoteleros y el sistema financiero. De hecho, en el paso por la *transacción* política de la dictadura a su continuación monárquica, después del desmantelamiento de los anacrónicos sectores productivos como condición previa para entrar en la EU, sólo quedaron estas grandes empresas de servicios y las constructoras, muchas de ellas fusionadas y con otro nombre y por supuesto el sistema financiero, con un carácter mayor de oligopolio. También quedó la industria turística que se ha convertido en una de las más importantes y en muchas partes es casi un monocultivo. La industria del turismo está muy ligada a la construcción y a la urbanización de enormes extensiones de terrenos. Tan solo hay que recorrer los largos kilómetros de costa y ver la destrucción y aberración que se ha hecho en ella para darse cuenta que el Turismo es la primera industria. Las costas están urbanizadas aglomeradamente hasta primera línea de mar.

Los políticos españoles a partir de los años 1982, los socialistas González, Guerra y Boyer, sentaron las bases legislativas para propiciar la gran oleada especulativa inmobiliaria que se dispararía después de Maastricht, con los gobiernos de Aznar y el partido popular y de la entrada del euro como moneda única para la UE. Los políticos municipales se sumaron desafortunadamente a la invitación recalificadora y hasta el 2008 se vivió una locura especulativa en la que el oligopolio financiero de los bancos españoles jugó un papel determinante. Se destruyeron barrios enteros en varias ciudades, se reconstruyeron o se levantaron nuevos, mayoritariamente aglomerados, bajo mandatos de alcaldes como Maragall o Clos, Tierno Galván, Manzano, Gallardón o Botella. Proliferó la corrupción, el lavado de dinero, los créditos, las hipotecas.... El sector financiero español a partir de Maastrich (1992) atrajo un notable flujo de capitales del mundo dirigidos hacia el sector inmobiliario. Flujos de capital, una gran parte de los cuales provenían del negocio de la droga o de la venta de armas, que buscaban y en-

contraron su lavado y blanqueo. Todo esto estalló en 2008 con la crisis de la burbuja inmobiliaria y la quiebra y el rescate por el Estado de una parte del sistema financiero.

El problema especulativo del suelo urbano en España se debió principalmente al encarecimiento del suelo que repercutió en la subida del precio de la vivienda. Pero es la «especulación primaria», aquella que tiene lugar en el proceso de producción originaria del suelo urbanizable, la que ha marcado y sigue marcando la pauta en el proceso especulativo español.

La industria del turismo representa desde hace décadas un sector en auge continuo en los territorios del estado español. Como siempre el valor importante es cuantitativo: el número de turistas y las cantidades de dinero que gastan, éstos parecen ser los únicos indicadores que les importan a los empresarios turísticos. Y desde hace décadas estos indicadores no paran de subir año tras año y esto es lo que resalta el relato del «éxito» de la industria del Turismo. Si en 1998 vinieron casi 42 millones de turistas internacionales «en el año 2012 el turismo internacional rompió la barrera de los 60 millones». En el 2015 llegaron más de 68 millones lo que según las estadísticas representa un 9% más que el 2014, y dejaron más de 48.300 millones de euros. En el 2016 «llegaron 75'3 millones de turistas extranjeros lo que representó unos ingresos de 77.000 millones de euros. El gasto medio por turista estaría en 1.023 euros», aunque debido a que las estancias fueron más cortas el desembolso medio por turista descendió un 2'1% respecto al 2015. Preventivamente hay que poner en duda la realidad de estos datos, en la estadística como en la economía hay mucho de «creatividad», siempre hemos de pensar que responden a unos intereses determinados.

Sin embargo, la industria del turismo que se considera «fundamental para el desarrollo de España» y que tanta propaganda oficialista genera, apenas supone el 12% del PIB y tan solo da ocupación al 9% de la población activa. La mayoría de trabajos son de una gran precariedad, con contratos cortísimos o en «negro», los sueldos bajísimos y el trabajo duro y estresante. Esta explotación laboral

extrema ya ha llevado a que las camareras y limpiadoras de hoteles se organicen en el colectivo Las Kellys para hacer frente a esta precariedad de sueldos y trabajos. Es un hecho que esta industria del turismo genera una gran destrucción medioambiental (cruceiros) y que ha arrasado el paisaje de las costas y parte de las montañas. Los millones de turistas tienen necesidad de grandes cantidades de infraestructuras, energía y gasto de agua. Así que el beneficio que dicen que genera el turismo se queda en manos de unos pocos y para la mayoría nos queda la precariedad y la desposesión. Por otra parte no se puede olvidar que el turismo no es una industria productiva sino de servicios y que está condicionada por su gran volatilidad; por ejemplo, en las últimas décadas el turismo ha aumentado en el estado español en parte debido a diversos factores geopolíticos que han afectado al Mediterráneo: primero fue la guerra de los Balcanes y la desmembración de Yugoslavia y después la inestabilidad generada por el estado de guerra inducido por las potencias occidentales en el norte de África y Oriente Próximo.

Barcelona es más que una ciudad, es un negocio

El hilo azul del urbanismo de la burguesía barcelonesa se puede seguir desde la demolición de las antiguas murallas, la construcción del Eixample, las Exposiciones Universales de 1888 y 1929, el franquismo y sus eventos, como el Congreso eucarístico de 1952, hasta las Olimpiadas de 1992 y el Forum de las culturas del 2004, pasando por el 22@ y llegando hasta la especulación inmobiliaria y turística actual.

El ingeniero y urbanista Albert Serratosa, que trabajaba en el Ayuntamiento franquista de Porcioles desde que éste fue nombrado alcalde por Franco en 1957 y que entre otros muchos cargos fue el director del Plan General Metropolitano en 1965, colocó a Pascual Maragall como economista en el departamento de urbanismo del Ayuntamiento, donde llegó a ser responsable del estudio económico y financiero del plan metropolitano. No en vano el alcalde olímpico le dedicó numerosas alabanzas al alcalde fran-

quista Porcioles, la más sentida en el día de su muerte recién pasados los eventos del 92. También emplearía en el ayuntamiento franquista de 1968 al político y urbanista Jordi Borja con responsabilidades en el gabinete de ordenación urbana de la ciudad. Serratos, el valedor de ellos, será después director del Plan Territorial de Barcelona (1988-2000) y asesor del conseller de política territorial de la Generalitat, así como presidente de l'Institut d'Estudis Territorials de la Generalitat (2004). Si a todo esto unimos la figura clave en el inicio de la era de los actuales eventos, el fascista Samaranch, para conseguir las Olimpiadas del 92 y todo el chaqueteo que le hicieron Maragall y los suyos y las alabanzas que de él cantaron... se puede seguir el rastro del hilo azul, grueso y claro y sin romperse desde la dictadura hasta la *transacción* «democrática».

A qué nivel de obscenidad social se ha de llegar para que los trabajadores de las inmobiliarias cuando han de vender un inmueble con inquilinos los califiquen de «bichos», «se vende inmueble con bichos» escriben en sus agendas o se lo comunican mediante esta jerga a otros colegas del ramo o a posibles compradores. A partir de aquí todo es admisible y posible: el hostigamiento a los inquilinos, las amenazas, las agresiones, las empresas de matones... todo parece estar permitido. Ya en el 2007 el *Taller contra la violencia inmobiliaria y urbanística* denunciaba el mobbing y diez años después el acoso en grupo a los vecinos ha aumentado en cantidad y brutalidad.

Tenemos ejemplos todos los días y en cualquier barrio, no solo en el Raval, la Ribera o el barrio Gótico, en el Eixample, en Pueblo Nuevo, en Sants o en la Barceloneta... se compran bloques enteros por fondos de inversión y se vuelven a revender de unos especuladores a otros, en lo que en su jerga llaman «pases», haciendo aumentar artificialmente el precio y generando enormes plusvalías. Un ejemplo lo tenemos en los hoteles de les Drassanes, donde el primer especulador que lo compro fue el sindicato UGT por 588.931 euros para construir pisos sociales y después de que el ayuntamiento modificara el PERI lo vendió por 2'3 millones de

euros, tras varios «pases» especulativos termina en un macro-complejo hotelero horrible delante de las Atarazanas medievales que para esto no son ni bien patrimonial ni nada parecido. En la actualidad Daniel Mòdol, concejal de arquitectura, paisaje urbano y patrimonio del actual gobierno municipal se muestra «absolutamente de acuerdo» en la construcción de los hoteles y califica el proyecto de «ejemplar en la vertiente social». No es extraño que los vecinos acusen al ayuntamiento de Barcelona de Colau de maniobras poco claras y ocultación de datos. La política del nuevo ayuntamiento sigue alimentando la inercia especulativa mientras la regiduría de Ciutat Vella se hace propaganda en los medios de comunicación con una supuesta cruzada contra la gentrificación, sin embargo en la práctica se siguen multiplicando los proyectos especulativos.

Así podemos citar varios proyectos en toda Barcelona. Solo por ejemplificar, en los alrededores de la plaza Espanya un fondo especulativo acaba de comprar tres inmuebles enteros con «bichos» y sin haberlos pagado, solo depositando una fianza, ya los está ofertando como pisos de alto estanding. Esta burbuja especulativa seguirá hinchándose artificialmente hasta que el dinero encuentre un nuevo lugar y tras él quedará todo nuevamente arrasado.

En Poblenou, en la calle Llacuna y junto a tres grandes hoteles en funcionamiento, se construyen dos monstruos hoteleros más que han puesto en peligro de derrumbe las antiguas casas que los circundan (manzana de La Vanguardia, del Conde de Godó). Los permisos fueron concedidos a la carrera una semana después del cese del alcalde Trias con visos de irregularidad. Otro ejemplo emblemático de esta contradicción se da en las calles de Lancaster y Arc del Teatre donde recientemente el ayuntamiento ha descongelado un macro proyecto urbanístico del año 2002 denominado con el eufemismo de «Plan de Mejora Urbana», un proyecto opaco para los vecinos que abarca casi una hectárea del barrio. Este Plan, por increíble que parezca, deja totalmente la planificación urbanística en manos de la iniciativa privada y sigue promoviendo

derribos de vivienda popular para hacer un esponjamiento que se convertirá en una plaza próxima a la Rambla, siguiendo la línea de diseñar espacios para los turistas en lugar de construir vivienda de protección social. Este nuevo ayuntamiento trabaja en silencio a través de su empresa pública Bagursa (Barcelona Gestión Urbanística S.A con el 100% de capital municipal) para dar paso a un proyecto contradictorio de inversión privada con un gran apoyo de dinero público, mientras la patética cantaleta de esta nueva regiduría consiste en el «no podemos hacer nada pero nos gustaría, deberíamos informar a los vecinos, desafortunadamente esto ya estaba programado y hay que terminarlo»... pretextos para lavarse las manos, colaborar con el sistema y finalmente consolidar otro gran epicentro de especulación que promueve la expulsión de cientos de vecinos en el entorno de este proyecto. A pesar de tanto discurso de lo común y lo social los hechos acaban desenmascarando aquello que pertenece a la ideología y la propaganda de la política real.

Que Barcelona es una ciudad-simulacro lo demuestra que el barrio gótico es una invención de la Lliga Regionalista de principios del siglo XX construido como parque temático. Se destruyeron casas, se abrieron plazas, se remodelaron palacios o se hicieron de nuevo aprovechando los restos de los destruidos con la obertura de la Via Laietana. La fachada «gótica» de la catedral se construyó entre 1887 y 1912 y la pagó el banquero y político Manuel Girona que a cambio fue enterrado en su interior. El centro excursionista de la calle Paradís es obra del arquitecto Domènech i Muntaner de 1922. El símbolo del barrio, el puente «gótico flamígero» de la calle del Bisbe, fue diseñado por el arquitecto de la Diputació Joan Rubio y construido en 1929. El palacio Pignatelli sede del círculo artístico fue terminado en 1970. El espacio bombardeado por los franquistas que ocupa la Plaça Sant Felip Neri fue edificado sobre un antiguo cementerio que había delante de la iglesia y se terminó de construir después del 1950. El famoso palacio del Museu del Calçat fue edificado aprovechando restos de palacios des-

truidos al abrir, también en aquellos años, la Avenida de la Catedral. El barrio judío, el call, fue destruido en el gran

programa contra los judíos barceloneses de agosto de 1391, cientos fueron asesinados y los supervivientes expulsados, la gran mayoría de los edificios se quemaron incluidas las sinagogas. Los terrenos y los edificios y bienes que quedaron fueron confiscados por la corona, su señalización actual no deja de ser un recordatorio de una siniestra e interesada desmemoria. «Aunque el turismo es una actividad dedicada exclusivamente al consumo, en realidad depende de la producción de espacios para que sean consumidos y, en Barcelona, el Barrio Gótico fue el primer espacio planificado en cuanto tal» (A. Cocola). De esta manera el invento del barrio gótico por parte de la Lliga Regionalista y su Sociedad de Atracción de Forasteros (SAF-1908), y su finalizada remodelación durante el franquismo, conecta en lo fantástico con la Barcelona espectáculo de 1992, de las olimpiadas, forums, festivales, congresos y salones, cuya realidad precariza, dificulta la vida y castiga a los vecinos de la ciudad.

Desde 1997 hasta ahora el precio de la vivienda en Barcelona ha aumentado más de un 150% mientras que la subida de los ingresos netos salariales no llega al 35%. El precio medio de los alquileres subió de 355 euros en el año 2000, a 625 en el 2004 y más de 800 actualmente. Barcelona es una de las ciudades más caras de Europa, una de las que más paro sufre, una de las que tiene mayores índices de pobreza y exclusión, donde hay ayores desigualdades y menos vivienda protegida, donde existe más precariedad laboral y sueldos más bajos.

¿Qué significa cuando en estos momentos desde el ayuntamiento de Barcelona se nos bombardea con consignas como *Ciudad Refugio o Ciudad sin murallas*? Tan solo frases vacías, mera propaganda en el espectáculo, en el marketing de la ideología politiquera institucional. Frases sin contenido mientras las personas siguen siendo bombardeadas, asesinadas y violentamente expulsadas de sus lugares de origen en Libia, Siria, Yemen, Irak, Afganistán, etc..., por largas y terribles guerras impuestas por intereses político-

económicos por los estados capitalistas occidentales. Mientras al mismo tiempo los habitantes de ciudades como Barcelona son expulsados de sus barrios debido al hostigamiento de la agresiva guerra económica que desde hace años nos arrasa. Desde las instituciones, los políticos, continúan hablando de cara a la galería con su lluvia ácida de palabras huecas, borrándoles el significado y dejándolas reducidas a simple palabrería o jerga.

La práctica urbana que nos une, contra el urbanismo que nos separa

La práctica urbana (los movimientos sociales urbanos) como toda práctica social está abierta a lo posible. El urbanismo, por contra, cierra todo posible al ser urbanismo de Estado, urbanismo de clase. La práctica urbana tiende a acabar con todas las separaciones mientras que el urbanismo las instaure inscribiendo la separación en la geografía misma.

El urbanismo bloquea y orienta el desarrollo urbano, construye la ciudad según las necesidades del capital. El urbanista dice saber nuestras necesidades y deseos y organiza nuestra felicidad construyendo así un universo concentracionario: la Autoridad sabe lo que necesitamos, no por azar Le Corbusier dedicaba a la Autoridad su libro, *La Cité Radiense*.

El urbanismo nos separa. En Barcelona, por ejemplo, la diferencia de esperanza de vida entre los habitantes de los barrios de Pedralbes y de Nou Barris es de diez años a favor de los primeros. La cuestión urbana también está atravesada por la lucha de clases. El urbanismo es urbanismo de Estado. El espacio urbano es pues el lugar del conflicto. Conflicto y lucha a partir de la cual podemos inscribir una relación social entre iguales, no jerárquica, donde las diferencias no se traduzcan en desigualdad.

No queremos quedarnos en la denuncia del urbanismo aunque sea el paso obligado para desarrollar una práctica urbana. En su contra queremos levantar otras ciudades donde no impere la desigualdad, donde el derecho a la vida supla a la impuesta supervivencia, y que hagan posible una cotidianidad creativa (poética).

Venimos de una ciudad, Barcelona años 1930, 40, 50, donde el lazo social se expresaba de distintas formas: **La calle**, lugar público donde alimentar la vida social (cuando se liquida la calle —Le Corbusier— se liquida la vida social, se convierte la ciudad en dormitorio), prolongación de la casa, habitada las noches por las vecinas, lugar de juego de los críos, hoy destruida por el coche, por su lobby. **Las pequeñas tiendas**, lugar de socialización de las mujeres, destruida por los supermercados. **Las tabernas**, lugar de socialización de los hombres, destruidas por la Televisión. **El ocio popular** realizado en los barrios, hoy mercantilizado en espacio lucrativo (gimnasios, fitness...) y donde se potencia el individualismo y la competitividad. Recordar este pasado no es por nostalgia ni para volver a él —demasiado sabemos de las imposturas que lo recorren: pobreza, religión, patriarcado, sumisión...— sino para entender dónde estamos y construir ahora y aquí otra relación social entre iguales fuera de la relación social que el capital construye consecuencia de su modo de producción de mercancías. Venimos de una ciudad, Barcelona 1936, donde el lazo social reforzándose desde los años 1930 explota en intensidad. Los obreros se adueñan de la calle: la fiesta revolucionaria, lo inaudito: la poesía gana la calle y establece otro orden social. La cuestión social invade la cuestión urbana, por poco tiempo pero con una intensidad tal que se hace difícil no recordarlo.

Hoy Barcelona va dejando de ser una sociedad y se va convirtiendo en una mercancía. Se vende bien. Algunos la querrían vender a un mayor precio con lo que de lucro esto significa. Y lo hacen. Otros quieren hacerla común, okuparla. Y lo hacen. Conflicto inevitable. Si desde la Administración no se tolera la okupación no es tanto por okupar unas casas como por okuparnos de nosotros mismos, dejando pues a la Administración sin quehacer.

Reapropiar la calle, los objetos urbanos sin la mediación del dinero, lo que ahora se hace a través de la compra-venta. La calle, lugar de encuentro, de no separación, de información y comunicación, espacio lúdico y simbólico, lugar de la palabra y de la escri-

tura sobre el muro que la limita. Reapropiamos así su valor de uso liquidando su valor de cambio.

Ejercer el derecho a la ciudad no solo reapropiando objetos y servicios sino reapropiando nuestras propias vidas en el espacio urbano. Reapropiación que ayude a desplegar lo que de más humano hay en nosotros. Diseñar la ciudad de acuerdo a nuestras necesidades, a nuestra vida, para no tener que ajustar nuestra vida a la ciudad de los urbanistas. En el camino de la exigencia de ejercer el derecho a una sanidad que respete la vida por encima del dinero, el derecho a una enseñanza no competitiva y libre, el derecho a un transporte público por encima de los intereses privados, el derecho a una vivienda que soporte necesidades y deseos. Todo ello sin la mediación dineraria, fuera del lazo comercial. Construir otra ciudad, otra economía, otra política, otra información, todas atravesadas hoy por la Técnica y por el capital. Una calle sin coches, una casa sin televisión y un individuo sin pantallas, los tres objetos mayores del actual espacio urbano. ♦

Etcétera, junio 2017



Hemos recibido...

Emmet Grogan: RINGOLEVIO, UNA VIDA VIVIDA A TUMBA ABIERTA. Editorial Pepitas de calabaza. Logroño, 2017.

Hemos recibido este relato —mitad autoinventado, mitad autobiográfico— años y años esperado en su versión en castellano, tras ser prohibido por el franquismo y editado en México, pero en versión censurada. El título responde al nombre que los chavales de las despiadadas calles del Nueva York pobre daban al típico juego de policías y ladrones con sendas cárceles marcadas con tiza a ambos cabos de una calle, un juego más para pelear que para jugar. Su autor, neoyorquino de origen irlandés, se crió en estas calles, se enganchó a la heroína antes de la adolescencia y tras cuatro años de dura supervivencia entre yonkis, camellos, mafias y polis consiguió desengancharse y obtener una beca para cursar estudios en un colegio para gente pija. Allí descubrió el abismo de clase que separaba a la gente de su barrio de la gente de su cole. Allí decidió aplicar la justicia redistributiva y, aprovechando unas vacaciones, vació los joyeros y las cajas fuertes de las casas de sus colegas ricos entre los que gozaba de gran prestigio por su habilidad en el baloncesto, su inteligencia y un éxito arrollador entre las chicas. Con el botín se largó a Europa. Viajó por Francia, Alemania, Italia e Irlanda donde, en busca de sus orígenes, acabó contactando con el IRA. Durante este largo periplo hizo amistades, leyó desde Maquiavelo a Ginsberg, visionó cientos de películas y empezó a escribir para algunos periódicos de Dublín y revistas estudiantiles. En noviembre del año 1965 regresó a EEUU y se instaló en San Francisco, no sin antes librarse del alistamiento

militar, haciéndose pasar por loco con la ayuda de anfetaminas de alto voltaje

En San Francisco se incorporó al convulso y variopinto movimiento de protesta estadounidense contra la discriminación racial, la guerra del Vietnam, y la hipócrita mojigatería moral reinante, impuesta a una generación de jóvenes más dispuesta al amor que a la guerra y al trabajo.

En el barrio Haigt-Ashbury, junto a Peter Coyote y otros miembros de la San Francisco Mime Troupe —activistas del «teatro de guerrilla»— y con el movimiento contracultural libertario Digger¹, se implicó en crear un red urbana conocida como Free City Collective, Free Family y Free Stores. Se trataba «de poner en marcha algo que produjera lo suficiente como para poder compartirlo. El Dinero no era una solución...» Los Diggers, o —como diríamos hoy— las Drigges, ellas fueron las más currantes y perseverantes en ofrecer comida gratuita diariamente a la comunidad durante tres años: «Buen guiso caliente, tomates maduros, fruta fresca. Es gratis porque es vuestra». Los ingredientes se obtenían de diversas formas, entre las que no excluía el asalto a furgonetas de reparto, las donaciones en especie eran bien recibidas, no así el dinero; «cuando los donantes ofrecían billetes, aceptaban los billetes, encendían una cerilla y los quemaban para diversión de los que comían» Era su forma de simbolizar lo que sentían y lo que creían. La experiencia de la comida gratis se consolidó y el concepto de gratuidad y trueque se expandió entre la comunidad y se extendió en otras ciudades con desigual fortuna. Huelga decir que en este período el autor sufrió diversas detenciones y enfrentamientos con la policía.

Pero fue con los voceros del movimiento hippie del «flower power» y especialmente con los organizadores del «Summer flower» con quienes tuvo mayores enfrentamientos dialécticos y por el control del espacio urbano invadido por miles de jóvenes atraídos por los nuevos aires californianos y bien dirigidos por el nuevo y floreciente mercado de los hippies y los yippies encabezados por Timoty Leary y Abbie Hoffman, respectivamente. Grogan detectó

de inmediato la crisis de inmigración que ello generaba y como se materializaba en la especulación urbana, encareciendo los alquileres y provocando la desposesión de viviendas en los barrios puestos de moda por los hippies. El libro refleja con abundante aporte de panfletos, manifiestos, artículos, poemas y anécdotas la intensidad de este debate y la lucha desigual que los Diggers tuvieron que librar, entre dos fuegos, acosados por el sistema y por los mercachifles de las neoutopías al mismo tiempo. También aparecen en escena cantidad de artistas, intelectuales y activistas con quienes el autor estableció contacto a lo largo de su periplo. Los Diggers organizaron multitudinarios conciertos gratuitos. Janis Joplin fue una incondicional colaboradora suya. Como no podía ser de otra forma, Grogan descubrió el LSD y escribió reflexiones muy lúcidas acerca de esta sustancia.

La prensa, los medios de comunicación y algunos partidos políticos, de izquierda principalmente, se interesaron y especularon con el fenómeno Diggers. Al principio les calificaron como un Ejército de Salvación, una banda de trabajadores sociales sin títulos surgida entre los hippies de Haight Ashbury. Los autoproclamados pesos pesados de la Nueva Izquierda les calificaban despreciativamente como políticamente inoperantes e inocentes. Emmet eludió entrar en polémica con estos políticos, evitando darse a conocer en los medios.

Precisamente, una máxima en toda su trayectoria activista e intentó mantenerse en el anonimato de puertas a fuera de su gente. Tuvo la intuición de que la popularidad de un líder es la tumba del movimiento, carnaza para periodistas y políticos. Sin embargo, no rehuyó asistir a convenciones y foros de debate entre activistas próximos en los que defendió abiertamente sus acciones o provocó desmesuradamente al auditorio.

En 1968 los Diggers se disuelven y Grogan regresa a Nueva York donde se reencuentra con la heroína enfrentándose a su propia experiencia de adolescente. Intenta controlar su adicción y recurre a la metadona que fabrica un amigo suyo. Reparte metadona gratuitamente entre los yonkies. Inicia la escritura de su biografía y

participa en la edición de los «Diggers Papers», una revista libre, ninguno de sus artículos tenía derechos de autor, e incluía entre sus páginas información en forma de poemas y una manual de uso para construir ciudades libres.

En las últimas páginas del libro relata su corta pero intensa relación con Bob Dylan, quién tras su muerte le dedicó su álbum Street Legal. También describe y opina sobre la crisis del Black Panthers Party y decide dedicarse a combatir los efectos del «abandono urbano». Partiendo de la base de que en la ciudad de Nueva York cada año se abandonan entre treinta y cuarenta mil espacios urbanos, hizo un llamamiento a todos los hípsters vagabundos para que ocuparan las viviendas abandonadas de Bronswille, un barrio de Brooklyn.

En el libro no hay constancia de como resultó este último intento de combatir el urbanismo capitalista. Al año siguiente de publicar su novela, Emmet fue hallado muerto por infarto en el metro de Nueva York, provocado por abuso de heroína, a los 35 años.

Mariano Royo: 20 NOVELAS DEL SIGLO XX. LA CONDICIÓN HUMANA EN LA MEJOR LITERATURA DEL SIGLO. (574 páginas) Ed. Cultiva Libros, 2016.

¿Comentar un libro de comentarios de libros? No es ese exactamente el ejercicio que sigue. Por poco que te adentres en la lectura de esas casi 600 páginas, en la crítica literaria de esas 20 novelas, queda claro que el libro que tenemos entre manos escapa a la crítica literaria para, sin dejarla, adentrarse en un ensayo filosófico. No es que la crítica literaria propuesta sea simplemente el pretexto para vestir su propio pensamiento, pero sí que a través de esta crítica el autor va desplegando su pensamiento, va dando curso a las ideas que, con el paso del tiempo, le han perseguido y le persiguen.

El libro empieza en su solapa con un autorretrato. Autorretrato que se agradece pues orienta y facilita su lectura. Con cuatro tra-

zos marca su pretensión: importancia del tiempo sobre el espacio, «creo que es más importante haber habitado un tiempo que un país»; tiempo habitado por la guerra, por las guerras; recorrido por la crisis de valores, por la crisis de los grandes relatos, de las grandes verdades, «la ciencia se ha adueñado de la verdad».

La primera obra comentada es Hojas de Yerba, del estadounidense Walt Whitman, que no es ni novela ni del siglo XX, pero que en continuidad con el autorretrato referido, ayuda a trazar los rasgos mayores que el autor desplegará a lo largo de sus comentarios. «Walt Whitman, desde el otro lado del océano, había indicado el camino a Europa. Su obra es lo decisivo, y no sólo en términos literarios. En realidad está abordando la política, las formas de gobierno, lo que significa ser homo sapiens en la modernidad, o en qué consiste la bondad, la ética, la estética, incluso la espiritualidad.»

Y entramos en los comentarios a esas 19 novelas del siglo XX. Cada libro es presentado, su autor, su contexto, dentro de un marco conceptual y literario amplio, casi erudito, sin serlo, pero sí profuso en su contextualización histórica, social, filosófica..., comentarios de un filósofo. Los temas clave que transitan por esos comentarios: la condición humana, el problema del mal, el paso del tiempo (la durée de Bergson), la centralidad del yo, el individualismo y la solidaridad (no hay uno sin la otra, «la solidaridad sin individualismo es populismo»).

Para acabar las cuatro pinceladas que orienten y estimulen la lectura apunto el nombre de los autores de esas novelas. Proust, Unamuno, Joyce, Thomas Mann, Huxley, Saint-Exupéry, Graham Greene, Faulkner, Borges, Kazantzakis, Becket, Marguerite Yourcenar, Steinbeck, Rulfo, Joan Sales, Camus, Doris Lessing, García Márquez, Vargas Llosa.

La elección de las novelas, por qué unas y no otras, por qué no algunas: La Metamorfosis de Kafka, Bajo el Volcan de Lowvy, El hombre sin atributos de Musil... No es por descuido, salen en los comentarios. Elegir es descartar y Mariano Royo ha elegido esas

19 novelas que le han marcado y sin querer pero forzosamente ha descartado otras. ¿Un nuevo libro?

Comotto, Agustín. «155. SIMÓN RADOWITZKY». Editorial Nórdica, Cómico. 270 páginas; 22x28 cm. Madrid 2016.

La mañana del 14 de noviembre de 1909, después de asistir al entierro de un alto funcionario de prisiones, el coronel Ramón L. Falcón y su secretario Alberto Lartigau, subieron a la parte de atrás de su carruaje y abandonaron el cementerio de la Recoleta. Cuando el milord enfilaba la avenida Callao, un joven, casi un adolescente de apenas 18 años, se acercó a la carrera y arrojó en la parte posterior del coche una bomba de fabricación casera. El jefe de la policía de Buenos Aires y su ayudante no saldrán vivos del atentado, el chofer y el caballo resultarán ilesos.

El joven que ejecutó el atentado corre, después de la explosión, hacia la avenida Alvear tratando de alejarse del lugar donde realizó su acción y de los policías y militares que le persiguen. Acorralado, se refugia en una obra, saca un revolver y se dispara en el pecho; quedará tendido en el suelo herido, pero no de gravedad. Como no lleva documentación y se niega a identificarse, durante horas nadie sabrá su identidad; esta incertidumbre hace que el presidente de la república decrete el estado de sitio. Finalmente, se sabrá que el autor del eficaz atentado es Simón Radowitzky, un ucraniano proveniente de los territorios de la Rusia zarista que había llegado a Argentina, apenas un año antes, en la primavera de 1908 y que es militante anarquista, afiliado a la Federación Obrera Regional Argentina. Si ha tenido algún colaborador para fabricar la bomba o realizar el hecho, es una cosa que no se sabrá, de su boca jamás salió un nombre.

La carrera del coronel Falcón fue siniestra, participó, a las órdenes del general Roca, en lo que los militares llaman la campaña del Desierto (1878-1885), donde el ejército argentino masacró y asesinó a los pueblos originarios para apoderarse de sus tierras, la amplísima región que los mapuches denominaban Puelmapu y se

extendía entre la Pampa y la Patagonia. En 1906, fue designado jefe de la policía de Buenos Aires. En 1907, en pleno invierno austral, inició una campaña de hostigamiento y desalojos masivos de aquellos inquilinos que se habían sumado a la huelga de alquileres, en protesta por su incremento abusivo. El 1° de Mayo de 1909, dirigió personalmente la represión contra la masiva manifestación de la FORA en la plaza Lorea, ocho obreros fueron asesinados y 105 heridos. A continuación, reprimió a tiros las inmensas columnas de más de 60.000 obreros que portaban y acompañaban los féretros hacia el cementerio de la Chacarita, lo que dio lugar a la llamada Semana Roja: se calcula que más de 80 obreros fueron asesinados en estos enfrentamientos y durante la huelga general.

Simón Radowitzky nació en una aldea de Ucrania, en una familia obrera de origen judío, pero debido a los progrom de los cosacos rusos deben abandonarla y trasladarse a la ciudad de Ekaterinoslav, actualmente Dinipropetrovsk. A los 10 años, empezó a trabajar como aprendiz de herrero y al mismo tiempo que aprendía el oficio se inició en el anarquismo. Con 14 años, trabajó en una empresa metalúrgica, donde se inició en la lucha obrera. En una manifestación, exigiendo la reducción de la jornada laboral, fue herido por el sable de un cosaco, la convalecencia duro seis meses y después fue encarcelado por primera vez.

En la revolución de 1905, era un miembro activo y segundo secretario del soviet de su empresa y debido a sus actividades revolucionarias, fue perseguido y tuvo que exiliarse a la Argentina.

En marzo de 1908, Simón llega a la Argentina y rápidamente empezará a trabajar y entrará en contacto con los círculos anarquistas. El 1 de Mayo de 1909, como otros miles de obreros, asistió a la manifestación de la plaza Lorea y fue testigo del asesinato de sus compañeros y de la brutalidad de la policía, comandada personalmente por el coronel Falcón, en esta jornada y durante la Semana Roja. Las cargas de la policía argentina le recordaban los progroms y los asesinatos de los cosacos rusos. Entonces tomó una determinación: hacer justicia, ejecutar al responsable de tantos crímenes y el 14 de noviembre cumplirá su propósito.

Detenido, fue juzgado y condenado a cadena perpetua, no fue condenado a muerte porque su tío, el rabino Moishe Radowitzky, pudo presentar un certificado de nacimiento que demostraba que Simón no tenía aún 18 años en el momento que llevó a cabo su acción. Pero la venganza del Estado será terrible para Simón, fue encerrado en el penal de Usuhaia, en la Isla Grande de Tierra de Fuego, donde pasó 22 años siendo el preso 155, sometido a las más brutales vejaciones, torturado, sometido a palizas sistemáticas y a inmensos periodos de aislamiento, no se le permitía leer y se le daba solo media ración de comida. Sin embargo, Simón resistió, incluso el 7 de noviembre de 1918 logró fugarse de la cárcel del fin del mundo por la puerta, disfrazado de carcelero; cinco días después fue nuevamente detenido y pasó dos años en una celda de aislamiento.

El movimiento anarquista, los obreros de Argentina y del mundo no olvidaron a Simón Radowitzky y las campañas de solidaridad, de denuncia de su situación, de la crueldad carcelaria y a favor de su liberación se sucedieron sin interrupción. Finalmente, el 22 de Abril de 1930, fue puesto en libertad y deportado al Uruguay, donde pudo recuperarse de la tuberculosis, pero donde también fue encarcelado gubernativamente. En 1936, en plena revolución, llegó a Barcelona y combatió en las columnas anarquistas del frente de Aragón, como su salud estaba resentida, la CNT le aconsejó que centrarse sus energías en el área cultural. En 1939, poco antes de la entrada del ejército franquista en Barcelona, participó en el traslado de los archivos de la CNT a Ámsterdam. En Francia, fue encerrado en el campo de concentración de Saint Cyprien, de donde logró escapar y exiliarse a México con el nombre de Raúl Gómez Saavedra. Con este nombre vivirá, trabajando en una fábrica de juguetes del Distrito Federal, hasta su muerte en 1956. Todo esto y mucho más nos lo narra Agustín Comotto, autor del guión y del dibujo, de manera clara y detallada, en esta voluminosa y destacada obra narrativa gráfica. El curso de la historia se inicia en el penal de Usuhahia, donde el preso 155, Simón Radowitzky, en el aislamiento de una estrecha, angosta y oscura celda, recuerda

y evoca, desde su niñez y los progroms de los cosacos rusos, hasta la represión de la policía argentina y la ejecución de Falcón. Se muestran las torturas y palizas de los carceleros, su fuga, la solidaridad internacional, su libertad, su estancia en Uruguay, su paso por la revolución española y su vida en México DF. Todo ello llevado con un excelente pulso narrativo y gran nitidez. El dibujo resuelto con solvencia y efectividad, es ágil de trazo y de forma, con un acertado dominio de los negros y los grises, solo rotos por rasgos y manchas en rojo que aún los realzan más. Las páginas están bien trabajadas: la división de las viñetas y la combinación de sus distintos tamaños, el uso de diferentes planos y perspectivas, ayudan de manera eficiente al desarrollo de la narración. Estamos ante una obra altamente recomendable en su conjunto.

Para saber más, además de este excelente comic, se puede leer a Agustín Souchy, que esbozaría en 1956 una semblanza de Simón en «Una vida por un ideal». A Osvaldo Bayer: «Simón Radowitzky ¿mártir o asesino?» (1967). A Alejandro Martí: «Simón Radowitzky. Del atentado a Falcón a la Guerra Civil española», editorial de la Campana, 2011. Sin olvidar la película-documental de Ronaldo Goldman y Julián Troksberg, que cuenta con la colaboración de Osvaldo Bayer, «Simón, hijo del pueblo» (2013) y que se puede ver en la red.

Júlio Henriques ALUCINAR O ESTRUME (Alucinar el estiércol)*, dibujos de José Miguel Gervásio. Editorial Antígona, Lisboa, enero de 2017.

El libro recoge, entre otros, una serie de relatos aparecidos previamente en diversas publicaciones (O Gorgulho, edición Portuguesa de Le Monde diplomatique, etc.) hilvanados en torno a la figura del naturalista Estêvão Vao y su periplo por las montañas y aldeas del interior portugués, e intercalados con las ilustraciones de J.M. Gervásio. Las regiones del interior de Portugal, como las del resto peninsular, han sido condenadas por la dinámica modernizadora del país al despoblamiento, la modernización de las ex-

plotaciones agropecuarias y la no menos problemática reconversión hacia el turismo rural. Tal es la situación que se encuentra el protagonista del relato, lo que da pie al autor, Júlio Henriques, para proceder a una aguda descripción y reflexión del impacto de la modernidad sobre la vida rural portuguesa en vías de transformación hacia una mercancía para el consumidor urbano y la industria (caza, ocio y figurantes de cinematografía).

El texto destila cierta melancolía acerca de una ruralidad que se extingue ahogada en el absurdo, la estupidez y la brutalidad que acompañan a la modernidad (progreso), de manera que el conjunto sintetiza la doble dimensión del ensayo y del relato literario. Sin embargo, no es un libro triste, pues el distanciamiento irónico unido a una técnica narrativa realista —fantástica, en ocasiones— pone un contrapunto que evita la mera deriva nostálgica.

Con todo, el recorrido de Estevão Vao describe un universo complejo, plural y contradictorio, incluidas las iniciativas de repoblación (neorrurales) y sus peculiaridades que el autor refleja con cuidada prosa. El recurso a los términos de la jerga tecnocrática subraya la descripción objetiva del absurdo cotidiano (de onde vem o leite, por ejemplo) que acompaña la reconversión de la vida aldeana en producto burocratizado y aséptico (Aldeias sem estrume); se concreta en el neolatifundista verborreico, «personalidad firmemente neurótica y posmoderna» (Herdade-Modelo).

En este sentido, Alucinar no estrume es una incisiva —y literariamente bella— pincelada de ese interior portugués en transformación/desaparición que ya no es más que una caricatura en forma de huerto urbano promocionado por las administraciones municipales. En el último capítulo (Finale: Dodó), el autor, que hasta entonces había ido detrás de Estêvão Vao, emerge con su propia voz para introducir una reflexión a propósito de las ceremoniosas formas de trato en Portugal —país de doctores— que remata la obra con una guinda satírica.

Watkins, Peter, LA CRISIS DE LOS MEDIOS, 279 páginas. Logroño 2017.

No cabe duda que los descubrimientos e inventos científico-técnicos han supuesto un avance extraordinario en el progreso humano. No obstante, deberíamos observar detenidamente que estos logros han supuesto al mismo tiempo una dependencia cada vez mayor del ser humano a los mismos.

Uno de estos avances técnicos —en el sector de la información— significó en su momento un progreso extraordinario en el acceso a la cultura y una puerta abierta de par en par a la transformación de la sociedad: la imprenta. De hecho, el llamado Renacimiento en los siglos XV-XVI hubiera sido inconcebible sin este invento, al menos en la extensión y profundidad que llegó a alcanzar gracias a la profusión de libros impresos.

No obstante, este sector —el de la información— es el que mejor se presta a un estudio sobre las manipulaciones del poder (económico, político y social). De hecho, el periodismo ha representado siempre una actividad que se prestaba de manera casi natural a la corrupción, sobornada constantemente por el poder político. De todos es conocido el llamado fondo de reptiles, destinado a pagar a los periodistas que se prestaran a manipular las noticias en beneficio del gobierno de turno.

Muy temprano se alzaron las voces de intelectuales, literatos y artistas contra esta descarada manipulación. Balzac en *Las ilusiones perdidas*, afirmaba: «El periodismo es un infierno, un abismo de iniquidades, de mentiras y traiciones, que no se puede atravesar y del que no se puede salir puro, a no ser protegido, como Dante, por el divino laurel de Virgilio».

Y Max Nordau en *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*, sentenciaba: «Es vano buscar los orígenes del poder de la prensa; los gobiernos lo intentaron cuando la prensa empezó a atribuirse la representación de la opinión pública, y no hallando solución satisfactoria, optaron por perseguirla o dominarla. La multitud, opuesta por instinto a la conducta de sus gobernantes, ha reclamado constantemente la libertad de la prensa».

Si de la propaganda escrita pasamos a los actuales artilugios audiovisuales, la manipulación crece exponencialmente y es este aspecto el que Peter Watkins denuncia en su libro, *Media Crisis*; pero es necesario señalar que estas denuncias ya las estaba manifestando desde los años sesenta del siglo pasado y aunque él mismo reconoce que también utilizó la Monoforma en algunas de sus realizaciones: «Al principio, también yo hacía uso de la Monoforma en mis películas [y] aunque no era todavía consciente de la existencia de la Monoforma, ya trataba, sin embargo de cuestionar el concepto de «realidad» documental e intentaba que mis películas parecieran documentales filmados en vivo».

Para Peter Watkin, «la Monoforma es el dispositivo narrativo interno (montaje, estructura narrativa, etcétera) que utilizan la televisión y el cine comercial para presentar sus mensajes. Se trata del bombardeo de imágenes y sonidos, altamente comprimido y editado a un ritmo acelerado, que compone la estructura, en apariencia fluida pero sumamente fragmentada, que tan bien conocemos todos».

Esta actitud crítica de Watkins hacia los medios audiovisuales, le costó verse excluido por todos aquellos que intentaban mantener sus prácticas manipuladoras. De hecho su segunda realización para la BBC —después del documental *Coulloden* (1964) que significó un éxito clamoroso para la cadena británica de televisión— *The War Game* (*La Bomba*, en castellano), realizada un año más tarde, fue censurada por la cadena e incluso intentó prohibir durante veinte años su emisión en todo el mundo. Esta película analizaba las consecuencias que podría tener un ataque nuclear en Gran Bretaña.

La profundidad de su crítica y su experiencia personal con diferentes medios de difusión de masas hace que prevea un futuro apocalíptico, llegando a asegurar que, «por decirlo en pocas palabras, la relación de los MMA [Medios de Masa Audiovisuales] americanos con Washington es ahora mismo idéntica a la que tenía la maquinaria propagandística de Goebbels con la cancillería del Reich en Berlín y con el partido nazi».

Lo que Watkins y otros muchos realizadores pretenden es que en la comunicación tenga también una participación destacada del público al que va dirigida la información o el entretenimiento, es decir, que se consiga una comunicación fluida en ambas direcciones y no un bombardeo constante, que convierte necesariamente al público al que se dirige en zombies, a los cuales se les impide, por todos los medios de manipulación posibles, una seria reflexión y discusión sobre los medios de comunicación. De ahí que el público en general se haya convertido en cómplice necesario de dicha manipulación al no hacer nada o muy poco por impedirlo.

Watkins no es el único realizador que ha criticado a los medios, tanto televisivos como filmicos, pero sí que es quien con más contundencia lo ha expresado en este libro que apareció en inglés en la página web del autor y pronto fue traducido al francés, publicado en una editorial canadiense y reeditado de nuevo en francés por una editorial francesa. Ahora la editorial Pepitas de Calabaza de Logroño, siempre atenta a publicar aquellas obras más críticas con la realidad político-social ha decidido publicarla en castellano, añadiendo las últimas aportaciones a la obra.

El libro se completa con una serie de apéndices en los que el autor muestra algunos detalles de la manipulación de los medios, demostrando por otro lado que éste es un fenómeno global y que todos los países, especialmente los que pertenecen al primer mundo, que es el que más experiencia tiene en este campo, lo practican de forma sistemática.

Se ha incluido también una completa cronología en la que se siguen las actividades desplegadas por Watkins a lo largo de su vida y que esperamos que pueda seguir en su crítica demoledora hacia los medios, aunque sólo sea a través de su página web: <http://pwatkins.mnsi.net>.

Mumford, Lewis, LA CIUDAD EN LA HISTORIA, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2012, 1.159 páginas

Nos da la impresión de que la editorial Pepitas de Calabaza de Logroño se ha propuesto publicar los mejores ensayos de Mumford, lo cual resulta cuando menos sorprendente. Hasta ahora sólo se había publicado en castellano en este país Técnica y civilización y nos causa perplejidad que ninguna de las editoriales monopolísticas, que poseen unos recursos ilimitados, se haya atrevido con este autor de sobrado y reconocido prestigio. ¿A qué sería debido? ¿Es quizá un autor incómodo, que cuestiona muchas de las verdades admitidas socialmente? Es un auténtico misterio.

Es por ello que sinceramente nos congratulamos que una editorial con menos proyección que un cinexin, haya desplegado esta potente luz que pone a nuestro alcance unas obras que abren un amplio horizonte en la investigación del urbanismo, la técnica y el poder, junto a otras muchas investigaciones tanto o más interesantes.

Últimamente ha puesto a disposición de los lectores interesados La Ciudad en la Historia. Un encantador, ilustrativo y monumental estudio sobre la evolución de la urbe, desde sus remotos y difuminados orígenes (la caverna) hasta la actualidad: «A decir verdad, en un sentido, la ciudad de los muertos es la precursora y casi el núcleo, de toda ciudad viva. La vida urbana cubre el espacio histórico que se extiende entre el más rudimentario cementerio del hombre de la aurora y el cementerio final, la necrópolis, en que una civilización tras otra han encontrado su fin».

Excelente investigación sobre los fundamentos de las primeras ciudades, como son los rituales que ya se iniciaron cuando nuestros antepasados habitaban en cuevas, a las que seguían acudiendo aún después de construir las primeras aldeas: «la caverna le dio al hombre primitivo su primera concepción del espacio arquitectónico, su primer atisbo del poder de un recinto amurallado como medio para intensificar la receptividad espiritual y la exaltación emotiva. La cámara pintada en el interior de una montaña prefigura la tumba de la pirámide egipcia, que, en realidad, es una montaña de factura humana, deliberadamente imitativa».

La primera edición en castellano de esta obra se publicó en Buenos Aires en 1966 y nos da la impresión que este primer ensayo fue un intento de asentar sus investigaciones en torno a la ciudad sobre una base sólida lo cual le permitió posteriormente modificar algunos aspectos de este primer intento, al mismo tiempo que extendía su investigación a los huecos que había dejado en su primera redacción, pero esto lo explica mejor el autor al comienzo de la obra, al mismo tiempo que advierte que sus investigaciones se han limitado al área que mejor conoce, es decir, occidente. El resultado es, en la práctica, un estudio sobre la evolución de la humanidad desde la perspectiva de la evolución urbana.

Por otro lado, Mumford trata de desentrañar cuáles podrían ser las formas de la ciudad que humanizaran a sus habitantes y sobre todo si ello es todavía posible, es decir, si todavía se podría crear un equilibrio entre la ciudad y el campo en lugar de expandir la ciudad traspasando todos los límites humanos. Es quizá por ello que Mumford dedica al análisis de la ciudad medieval un amplio espacio en su investigación, siguiendo en parte las directrices de Pedro Kropotkin, un gran conocedor de la materia; pero para lograrlo sería necesario descentralizar los órganos de poder del territorio excesivamente concentrado en las grandes metrópolis.

Si no nos falla la memoria, el historiador inglés Arnold J. Toynbee, en su monumental Estudio de la Historia, dijo que la ciudades-estado italianas del renacimiento fueron el crisol o el laboratorio donde se fundieron las ideas que darían lugar a los Estados-nación europeos y nosotros por nuestra parte pensamos que la primitiva ciudad fue el crisol o el laboratorio donde se fundieron las ideas de una ciudad universal, pero Mumford lo expresa de forma mucho más brillante cuando afirma que «este libro comienza con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad».

Esperamos que la editorial Pepitas de Calabaza nos siga ofreciendo nuevas aportaciones de este genial investigador llamado Lewis Mumford.

Gold, Michel: JUDÍOS SIN DINERO (Una historia del Lower East Side). Dirección única, 2015.

Itzok Isaac Granich (1894-1967), verdadero nombre del autor, fue un ferviente miembro del Partido Comunista de EE.UU. y siguió con admiración la evolución de la Rusia de Stalin.

Fue un buen amigo de John Reed de cuya relación emanó una rica simbiosis literaria. El libro, uno de los pocos que Gold escribió, es una auténtica joya literaria dentro de la llamada «literatura proletaria».

Judío e hijo de emigrantes húngaros nació al poco de haber desembarcado sus padres en América. En esta autobiografía novelada pero de cruel realismo, narra los primeros años de su infancia y primera juventud. El fracaso de su padre en distintos trabajos se vio acompañado por una salud rota por un serio accidente laboral de aquí; una mísera alimentación los acompañó día a día en un sórdido Manhattan integrado por multitud de parias de medio mundo. Este escenario configura una geografía en la que los Gold permanecen excluidos permanentemente. La vida del autor y la de sus dos hermanos menores se desarrolla en la calle, testimonio y escuela de una violencia que presenciarán a cada paso y de la que en buena parte serán partícipes para no desaparecer y poder subsistir. Su madre será puntal y bálsamo familiar en un núcleo machacado por la pobreza; mujer fuerte, religiosa, dotada de una gran sociabilidad, a su entorno aglutina las lágrimas de muchas otras familias vecinas a las que intenta contagiar la esperanza, una y mil veces, de una vida posible mejor.

Más tarde, el autor conocerá los escritos de Marx y Bakunin. Periodista, con sus artículos será un incesante luchador por la emancipación de los trabajadores y cuando llegará a las puertas de la Primera Guerra Mundial proclamará y pedirá la no injerencia de los trabajadores en la contienda, lo cual le llevará al exilio en México.

A su vuelta en 1920 prosigue la lucha, con la convicción de que el mundo será de los trabajadores que deben desconfiar de los intelectuales que los quieren aconsejar y dirigir.

El libro había sido editado en España a principios de los años 30 por Cénit. Ochenta años después de nuevo podemos disfrutar de una lectura que se mantiene fresca y desgraciadamente actual.

Virus Editorial. COLECCIÓN LIBÈL.LULA. Barcelona. editorial@viruseditorial.net

<http://www.viruseditorial.net/editorial/>

La editorial Virus —porque el lenguaje es un virus— lleva 28 años publicando y distribuyendo libros. La inició en 1991 un colectivo de compañeros en el Lokal, en la calle la Cera 1 bis. Posteriormente y a medida que crecía se trasladó a la calle Aurora y actualmente, con casi 200 títulos en su catálogo, se encuentra en la calle Junta de Comerç 18, siempre en el Raval de Barcelona.

De sus varias colecciones: *Acracia*, *Crónica*, *Ensayo*, *Memoria*, *Folleto*, *Hojas de hierba*... nos queremos fijar en la más reciente, *Libèl.lula* que nos presenta los libros en un original formato apaisado, en forma rectangular, de 17 cm. de ancho por 11'7 cm. de alto, combinando el texto con unas ilustraciones esmeradamente escogidas. Hasta el momento, esta colección lleva publicados cuatro títulos: el primero, **Fay Dulcino y Margarita. Mesianismo igualitario y resistencia montañesa**, del escritor y poeta piamentés Tavo Burat (1932-2009), con ilustraciones del Jardín de las delicias de El Bosco. Nos detalla en sus 216 páginas la historia de la rebelión y la lucha de los Hermanos Apostólicos, grupo milenarista inspirado por Fay Dulcino o Dulcino de Novara (1250-1307) y su compañera Margarita di Trento. El movimiento dulciniano recorrió parte de la península italiana a partir de 1303, de Bolonia, Padua, Riva de Garda, Plasencia, Vicencia y Trento y acabó aliándose con los montañeses de Valsesia. Enfrentados, para proteger y hacer posible su modelo de organización comunitaria, tanto al poder secular como al del Vaticano y la religión.

Con un movimiento que llegó a tener alrededor de diez mil miembros, los dulcinianos se enfrentaron a las tropas de Roma, hasta ser acorralados, en 1307, en el monte Rubello por el ejército de la iglesia y los nobles.

El segundo libro, también de marzo del 2016, es **El derecho a la pereza**, publicado en 1883 por Paul Lafargue; el autor hace una defensa del sueño de la abundancia y el goce, de la liberación de la esclavitud del trabajo. Contrariamente a la idea reivindicativa de partidos y sindicatos, que es aún común en la actualidad, en el Derecho al trabajo Lafargue contrapone el Derecho a la pereza. Así escribe: *Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista. Esa locura es responsable de las miserias individuales y sociales que, desde hace dos siglos, torturan a la triste humanidad. Esa locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda del trabajo, que llega hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su prole* (pág. 12). *En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica* (pág. 13). *Nuestro siglo —dicen— es el siglo del trabajo. En efecto, es el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción.* (pág. 27). A este clásico, le acompañan las ilustraciones de Pilar Sánchez.

El siguiente libro es también otro clásico, **El discurso de la servidumbre voluntaria**, escrito por un joven Étienne de La Boétie (1530-1563). *La primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre; es la costumbre la que consigue hacernos tragar sin repugnancia su amargo veneno*; estas frases fueron escritas en el siglo XVI, por Étienne de La Boétie, joven magistrado del Parlamento de Burdeos y amigo íntimo de Michel de Montaigne, en el que podemos considerar como el texto fundacional de la crítica antiautoritaria sobre el poder. El texto va acompañado por un extenso apéndice donde se recogen los comentarios a esta obra de autores contemporáneos como Pierre Clastres, Simone Weil, Andrée May o Santi Soler; además de una introducción y una detallada bibliografía. El libro, de 220 páginas, cuenta con las ilustraciones del dibujante Nono K.

Finalmente, el último libro hasta ahora es **La guerra social**, escrito por André Léo (1824-1900), seudónimo de Victoire Béra, escritora, activista feminista y miembro de la Asociación. Internacional de los Trabajadores (AIT). André Léo, una de las mujeres más destacadas de la Comuna de París y estrecha compañera de Louise Michel, es un personaje poco conocido en nuestras latitudes aunque su trayectoria resulta de un interés indudable. Novelista, periodista y activista política, no sólo se enfrentó al machismo imperante en su época sino que también lo hizo sin complejos dentro de los ambientes izquierdistas. En **La guerra social** ofrece su testimonio directo sobre la experiencia de la Comuna, los últimos días de resistencia y la represión posterior a la derrota, describiendo con una honestidad electrizante los logros y los errores de la revolución de 1871. Las ilustraciones son obra de Alhama Molina. Estamos ante unos libros que combinan un bello continente con un interesante contenido. Esperamos los próximos títulos.

Flauta de Luz. BOLETÍN DE TOPOGRAFÍA, Potalegre (Portugal), nº 4, abril 2017

Cuarta entrega de este importante y sugestivo boletín topográfico: forma y contenido se aúnan para propiciar esta entrega. Difícil lo tendrá el número 5 para aguantar el nivel.

Las 250 páginas de esta Flauta de Luz, en su lectura, van arrojando poesía, poesías, historias, ensayo, fotos, pinturas, ilustraciones, memorias, verdades (sin pretenderlo) sobre la cuestión india, sobre la cuestión colonial, la cuestión campesina, cuestión de la liberación animal, sobre medios audiovisuales, cine, deporte, economía política, capitalismo, psicopatías, surrealismo, turismo, distopías, migraciones... Cuestiones diversas aunque recorridas todas ellas por un mismo hilo conductor que parte del interés de proporcionar elementos para la comprensión y destrucción de este mundo que nos habita y que habitamos.

La aparente dispersión de tan amplio registro temático no es tal pues todas las entradas están aunadas por un mismo punto de vis-

ta crítico. Todas estas cuestiones, organizadas por bloques temáticos y asaltadas frecuentemente por pinturas y poemas, están recorridas por la crítica al progreso, por la crítica al fenómeno técnico, por la crítica a un mundo técnico y capitalista, absurdo, que destruye la naturaleza y que destruye a la misma humanidad. Recorridas por consideraciones sobre la crisis (terminal) del modo de civilización capitalista hoy.

Recorridas también por propuestas y acciones a favor de la vida, por la necesaria vuelta a la tierra, por la abolición de las relaciones despóticas y la construcción de sociedades humanas de iguales, y por la atención a las nuevas formas de socialización que emergen desde el apoyo mutuo, la solidaridad, la igualdad.

Correspondencia

Desde Francia: DESCARRÍO

Fue al volver de la escuela, francesa, laica y republicana, a los 8 años, cuando descubrí que yo era musulmán. La maestra nos había hablado de las guerras de religión, de la noche de San Bartolomé¹ y del conflicto entre protestantes y católicos. Pregunté a mi padre en qué lado estábamos nosotros y me dijo que ni en uno ni en otro. Aprendí que el islam era la única y la verdadera religión y que solo los musulmanes tenían acceso al paraíso. Aprendí también en esta ocasión que había judíos y paganos que creían en una multitud de dioses de nombres rarísimos.

Volví a jugar a mis soldaditos, y al día siguiente pude decir a mis compañeros de clase que yo no era ni católico ni protestante, aunque creo que eso les daba exactamente igual, y, en verdad, a mí también. En Francia, en esa época, en los años 1960, los musulmanes eran casi invisibles, las mujeres musulmanas solo cuando llovía se ponían el fular, y las mujeres no musulmanas hacían lo mismo, o sea que no se notaba la diferencia. Mi padre escuchaba Radio El Cairo («la voz de la Revolución árabe», aún tengo *el jingle* en la memoria), en onda corta; la emisión chisporroteaba y era preciso mover la antena sin parar en todos los sentidos: se captaban los inflamables discursos de Nasser y las melopeas de Oum Kalthoum. La guerra de los Seis Días y la derrota de las tropas árabes ante Israel habían traumatizado a mis padres. En los cafés árabes de los suburbios se veían scopitones de colores llamativos con cantantes argelinos que contaban los dolores del exilio, que mis padres sentían visceralmente, sin imaginar que una de esas canciones se convertiría en un *hit* de finales de los años 1990.

Para mí, el hecho de ser musulmán consistía en no comer cerdo en la cantina, y para mis padres, ayunar durante el ramadán, esto era todo. Aún me acuerdo de la charcutería que había camino de la escuela y del apetecible olor que desprendía, y yo pensaba que

era bien estúpido renunciar a gustarlo. Envidiaba a mis amigos que iban a catequesis y al patronazgo de los curas, pues parecían pasarlo muy bien. Después me contaron los regalos que recibieron en su primera comunión, o por su bar-mitsva². Nada tuve yo por mi circuncisión, o en todo caso no lo recordaba. A pesar de todo, mis padres, por Navidad, nos regalaban juguetes, y una vez, la maestra, que debía ser de izquierdas, me dio el conejo que adornaba la clase y lo instalamos en casa con los otros adornos y nos pusimos muy contentos mi hermana y yo.

Los domingos por la mañana mi padre me llevaba con él al café donde se encontraba con sus amigos ante *el pastis* y jugaba a las apuestas: yo sabía que tanto el alcohol como los juegos de azar estaban prohibidos por el Corán, pero ni mi padre ni sus amigos parecían preocuparse por ello e incluso lo pasaban la mar de bien. Una vez hubo algo que me chocó: mi padre se había juntado con sus amigos en la taberna y alzaron los vasos de vino tinto para festejar el fin del ramadán. Lo que preocupaba a mis padres eran, más que nada, las dificultades del día a día, y no era ciertamente la religión la que nos iba a permitir tener un piso decente. En casa había, es cierto, un ejemplar del Corán, pero había también un diccionario de medicina, *L'Humanité*, *La Vie ouvrière* (mi padre militaba en la CGT), y *France-Soir* para las apuestas.

Aprendí la profesión de fe «no hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta», que recitaba de noche cuando en la oscuridad tenía miedo, y creía en un único y omnisciente dios que velaba por mí y me guiaba en este mundo más bien caótico..., obra de este mismo dios en quien reside la perfección. Todo esto empezaba a embrollarse, más aún cuando en la escuela aprendí que el mundo no se creó en seis días, que Adán y Eva no eran más que leyendas, etcétera, etcétera.

Los únicos momentos en que me sumergía en una atmósfera religiosa era durante las vacaciones en nuestro país. Mi abuela materna nos acogía escupiendo en nuestras caras para apartar de nosotros los malos espíritus. Con los años y con el avance de las ideas higienistas y también a causa de nuestras caras de asco, reemplazó

los escupitajos por un soplo de aire igualmente eficaz contra estos inmundos pequeños genios. La abuela siempre llevaba encima un montón de fragantes amuletos, quemaba incienso continuamente, viniera o no viniera a pelo, y lanzaba «hechizos» a quienes le molestaban. Su mundo estaba lleno de seres legendarios: cada día se dirigía a los ancestros de la familia, como si realmente allí estuvieran, a su lado, y les dedicaba un culto sincero y naif. Tenía la costumbre de ir al cementerio para invocar el espíritu de una antepasada, encima de cuya tumba antaño había sido erigida una modesta cúpula blanqueada a la cal. Allí, encendía velas, vertía aceite y harina, y cantaba viejas letanías olvidadas por los demás miembros de la familia. Un día, poco después de la «revolución» de los molllahs en Irán, que marcó en todo el mundo musulmán el retorno a un islam más riguroso, los notables del pueblo reunidos en cónclave decidieron hacer destruir aquella cúpula que juzgaban no conforme a la ortodoxia musulmana. Mi abuela no se vino abajo: bajo las ruinas de la cúpula trazó un círculo de piedras y continuó sus rituales para disgusto de los bien-pensantes. Yo prefería de lejos estas leyendas a los textos ortodoxos. Mezcla de superstición y de poesía me arrastraban muy lejos de mi vida cotidiana desencantada y materialista. Todavía hoy siento una gran ternura, impregnada de nostalgia, por los recuerdos que me han dejado las mujeres y los hombres de la generación de mis abuelos, cuyas creencias y modo de vida se han perdido para siempre.

A los 16 años, escuchando una emisión en France Culture dedicada a Al-Hallaj, místico crucificado en Bagdad en el siglo X por sus declaraciones consideradas heréticas, descubrí el sufismo. Leí algunos libros dedicados al camino sufí, y tuve mi pequeña crisis mística, que duró varios meses y se desvaneció desde mi primera mona. Me gustaban las clases de filosofía, en ellas aprendí la duda, el espíritu crítico, la libertad de pensamiento, todo lo cual era incompatible con la religión. Mi frágil religiosidad se tambaleaba ante aquellas contradicciones, así que evitaba confrontarme a ellas. Luego, la fidelidad a mi familia, la sensación de estar cuarteado entre dos culturas que creía incompatibles, con la falsa idea

de estar a la defensiva, hicieron que continuase llamándome musulmán, sin prácticas y sin sólidas convicciones. Un día, un taxista tunecino que me llevaba a Orly, de donde salía el vuelo hacia mi pueblo, me dijo, sin rodeos, que él se había vuelto ateo, que había rechazado el islam y se sentía la mar de bien. Esta afirmación me perturbó, me molestó y me hizo sentir incómodo: no estaba dispuesto a aceptarla sin poder rechazarla definitivamente. La duda se había instalado en mí.

Durante el verano de 1984 fuimos en familia de vacaciones a nuestro país: era la primera vez que festejábamos el Aid al Kebir, que aquel año caía durante las vacaciones de verano. En la vigilia de la fiesta principal pedí a mi padre que me despertara para poder ir con él a la gran plegaria del Aid en la mezquita, que se hacía muy temprano. Nunca había ido allí con él. Cuando me levanté mi padre ya había salido y a su regreso le pregunté por qué no me había avisado: me contestó que al verme aún dormido no quiso despertarme, que estaba de vacaciones y tenía todo el derecho de reposar. Mis primos, si tenían la desgracia de estar aún dormidos a la hora del oficio eran brutalmente sacados de la cama por su padre. La ternura que me demostró mi padre aquel día, su tolerancia y su escasa fe me emocionan, más si pienso que ya no tuve otra ocasión de festejar el Aid al Kebir con él: la enfermedad se lo llevó unos meses más tarde. Paradójicamente, quizás arraiga allí mi itinerario hacia el ateísmo.

Sobre los techos de las casas del pueblo de mis abuelos empezaron a florecer las antenas parabólicas. Al lado de los videoclips de las cantantes y bombones europeas con minifalda que avivaban las frustraciones de la juventud, en las cadenas de Medio Oriente se colaban los barbudos predicadores que destilaban su veneno integrista a lo largo de toda la jornada. Cada vez se veían más barbas y velos, las mezquitas se llenaban y aumentaban un poco por todo el país. Resumiendo: el ambiente se volvía deletéreo. Lo mismo sucedía en París, donde ese discurso encontraba un terreno propicio: futuro sin salida, desempleo, despecho y frustración hacen las delicias de curas y de imanes de cualquier pelaje.

Poco a poco mi pequeño barniz religioso se resquebrajaba, mis amigos eran en su mayoría no creyentes y nuestras aspiraciones nos llevaban a querer cambiar la sociedad y a vivir nuestros deseos tan libres como fuera posible, sabiendo que eran limitados por las sujeciones materiales y sociales. Así pues, no era cuestión de añadir una nueva sujeción, la religiosa. A medida que me hacía mayor, cada vez estaba más seguro de mi identidad: acepté del todo mi parte francesa. Hice mía la herencia de Rabelais y de Diderot al lado de Ibn Khaldoun y de Omar Khayyam; pasaba sin problema de Oum Kalthoum a Georges Brassens, de la música árabe-andaluza a las melodías de Schubert. Y gracias a Khomeini solté amarras definitivamente.

La *fetua* del barbudo contra Salman Rushdie me permitió afirmar claramente mi ateísmo, mi rechazo a cualquier forma de opresión, también la religiosa. Aunque nunca me sentí obligado por mi familia, que jamás me impuso práctica alguna (rezos, ayuno...), me sentí liberado como si me hubiera quitado un peso de encima. No tuve el sentimiento de haber traicionado a nadie: guardé hacia los míos la misma afección y el mismo reconocimiento por los orígenes de mis padres.

Pude leer más tarde testimonios de ex musulmanes; algunos rompieron no solamente con la religión, sino también con sus orígenes, colocándose en el campo «occidental» contra el campo «oriental», reforzando de este modo, conscientemente o no, a los que quieren escamotear la lucha de clases y reemplazarla por el pretendido choque de civilizaciones. Otros decían que habían roto al ver la violencia, muy real, de los textos coránicos y de la tradición musulmana. ¿Quiere esto decir que si esos textos fueran un camino de rosas no se hubieran descolgado? La religión es un instrumento de poder, y las circunstancias históricas del origen del islam son un ejemplo perfecto de ello; todo instrumento de poder se basa en la coerción y en la violencia. Sé por aprendizaje, y no por creencia, que el destino del hombre es el que él mismo se forja, mediante sus deseos y sus luchas, en asociación con sus semejantes y sus iguales, contra cualquier forma de servidumbre y de

adocctrinamiento; que no hay otro mundo que este y nos toca hacerlo vivible a fin de que ningún profeta, ningún guía supremo venga a prometernos sus quimeras a cambio de una fe ciega y la dimisión del pensamiento.

Cuando estoy ante la tumba de mi padre, entre los dos olivos que escogió para su último reposo, me doy cuenta del camino que he recorrido y que él había iniciado. Le estaré siempre agradecido.

Moriel, 2016

Apostilla

Escribí este texto en 2008 como respuesta a una encuesta sobre los motivos y el recorrido de personas ateas procedentes de familias musulmanas. Cuando podía creerse que la cuestión religiosa estaba, si no resuelta, al menos devuelta a la esfera privada, fuera del campo social, asistimos, de hecho, a su retorno ruidoso en los debates y en la actualidad. La crispación en torno a la cuestión de la islamofobia, que no escatiman los medos libertarios, con las acusaciones de racismo hacia las críticas del islam, añaden leña a la confusión ambiental. Tal confusión es hábilmente mantenida por una cierta extrema izquierda, la cual, con el pretexto de luchar contra la situación de exclusión y de relegación de las poblaciones salidas de la inmigración, no dudan en manipular los conceptos más criticables, como los de «raza» y de «identidad». Tales discursos, si bien no llegan a movilizar a las poblaciones que están en el blanco (habitantes de barrios populares procedentes de la inmigración) tan masivamente como lo desean sus instigadores, llegan no obstante a tener un eco mediático y a crear divisiones y disensiones que vienen a fragilizar todavía más un ambiente, el de extrema izquierda y libertario, ya muy debilitado desde hace unos buenos treinta años, por la ofensiva capitalista.

No siendo más que una condición necesaria, y no suficiente, el ateísmo aquí reivindicado ha acompañado siempre las luchas de emancipación de la clase obrera. Pensemos en la Comuna de París o en la revolución española, entre otras... Acabar con la alienación religiosa es indisoluble del proyecto revolucionario. Reafirmar ahora esta evidencia anclándola en la memoria de las luchas pasadas y en la perspectiva de la emancipación social e individual, es más que nunca necesario. – M.

Desde Bélgica: POR QUÉ NO VOTO

El año pasado, mi hija pequeña, al volver de la escuela, me dijo: «Estoy mosqueada. Me han explicado que votar es un deber. Pero tú no votas. Dime por qué.»

Entonces tenía buenos argumentos, hoy los tengo aún mejores.

Hubo un tiempo en el que las ideas políticas eran importantes a los ojos de los ciudadanos y determinaban su elección electoral. Había una clara frontera entre derecha e izquierda, entre progresistas y conservadores. Pero ya en aquella época quedaba claro que los avances sociales se conquistaban en la calle, con revueltas, huelgas y manifestaciones. Los tribunos y los parlamentarios socialistas y «comunistas» se atribuían el mérito y se aprovechaban para ejercer su ascendente sobre las masas. Sin la determinación de los movimientos reivindicativos no se hubiera logrado ni la reducción de la jornada de trabajo, ni las vacaciones pagadas, ni el derecho a la sanidad, ni el seguro de desempleo, ni otras ventajas que las mafias multinacionales se están cargando con la ayuda de los gobiernos de izquierda y de derecha.

Muy pronto asistimos a una burocratización del movimiento obrero. Partidos y sindicatos se preocuparon más por aumentar su poder que por defender a un proletariado que hasta los años 1960 se defendía bien él solo. El rojo devino rosa y la rosa se deshojó. Al tiempo que el reformismo socialdemócrata se disipaba, la imposición del movimiento llamado comunista se hundía con la implosión del imperio estalinista, dejando el campo libre a una verdadera operación de colonización de masas. La emergencia y el predominio de una economía de consumo vinieron a contrabalancear oportunamente los efectos fastidiosos de una descolonización que, tras larga lucha, los pueblos del tercer mundo habían conseguido.

Denunciado en Mayo del 1968 el mito de la sociedad del bienestar, propagado por el consumismo, se muda hoy y acompaña en su quiebra al capitalismo financiero cuya burbuja especulativa ex-

plota y revela a nuestro alrededor el vacío cavado por el dinero loco, por el dinero empleado a reproducirse en circuito cerrado (no sin que, de paso, se llenen los bolsillos los mafiosos negociantes y políticos quienes una vez reelegidos van a predicar la austeridad).

Mientras tanto, el supermercado se convierte en el modelo de la democracia: se elige libremente cualquier producto a condición de pagarlo a la salida. Lo que para la economía y sus aprovechados es importante es hacer consumir lo que sea a fin de aumentar la cifra de negocios. En el clientelismo político que hoy hace estragos, las ideas no son a penas más importantes que un anuncio publicitario. Para el candidato lo que cuenta es aumentar su clientela electoral a fin de llevar sus negocios al cenit de sus intereses egoístas.

Que una asamblea de ciudadanos elija a unos delegados para defender sus reivindicaciones, les dé el mandato de representarlos y les pida pasar cuentas del éxito o del fracaso de su gestión, constituye una auténtica democracia. Pero cómo van a representarme los que estafan al bien público, los que se sirven de las tasas y de los impuestos de los asalariados y pequeños trabajadores autónomos para poner a flote las malversaciones de los banksters, los que gestionan, menospreciando a los pacientes, los hospitales como empresas a rentabilizar, los que privilegian la enseñanza concentracionaria y construyen prisiones y centros cerrados en lugar de multiplicar pequeñas escuelas, los que sostienen las mafias agroalimenticias que desnaturalizan los alimentos, los que deterioran los sectores prioritarios (metalurgia, textil, vivienda, correos, transporte, fábricas de vidrio, fábricas de bienes útiles a la sociedad).

Lo que prima, desde la extrema izquierda a la extrema derecha, es la búsqueda de una clientela, el poder, la mentira, la impostura y la ficción. Es el desprecio del imbécil que mea su confianza en las urnas sin pensar en la viruela del desencanto que, volviéndole mezquino y lleno de una ciega rabia, le dispondrá a la barbarie del cada uno por sí y del todos contra todos.

Pero, diréis, no todos los políticos son corruptos, no todos utilizan el dinero del contribuyente en viajes de negocios, en gastos de representación, en malversaciones diversas. Algunos son honestos y naif. Seguramente, pero estos no están mucho tiempo en la arena. Mientras, sirven de biombo a los sedientos de poder, a los enfermos de la autoridad, a los gestores de la farsa electoral, a los promotores de una imagen de marca que muestran por todas partes sin sentido del ridículo.

Que nadie se engañe: por más que la democracia parlamentaria se pudra sobre el terreno, no propongo ni suprimirla ni tolerarla por más tiempo como mal menor. No quiero ni el «¡Cierra el pico!» ni el «¡Di lo que quieras!» Quiero que la política recobre su primer sentido: el arte de administrar la ciudad. Quiero que una democracia directa emane no de ciudadanos cornudos y apaleados y contentos, sino de hombres y mujeres preocupados de promover por todas partes la solidaridad y el progreso humano.

Cuando las colectividades locales actuando globalmente –a la manera de federaciones internacionales– decidan autogestionarse, y examinen:

- Cómo favorecer la puesta en marcha de formas de energía gratuita para uso de todos.
- Cómo constituir una cooperativa de inversión para financiar la construcción.
- Cómo poner en práctica la gestión colectiva de un fondo de inversión constituido por una participación financiera que hiciera posible el rechazo de las pequeñas y medianas rentas de pagar las tasas y los impuestos deducidos por el Estado-bankster.
- Cómo generalizar la ocupación de empresas y su gestión por sus trabajadores.
- Cómo organizar una producción local destinada al consumo de las colectividades locales y federadas, a fin de escapar al despilfarro del mercado y asegurar poco a poco la gratuidad de los bienes indispensables, que vuelva el dinero obsoleto. (¡No habléis de utopía! Lo llevaron a cabo en 1936 las colectivizaciones libertarias

de Cataluña y de Aragón antes de ser liquidadas por los comunistas.)

- Cómo propagar la idea y la práctica de esta gratuidad que es la única arma absoluta contra el sistema mercantil.

- Cómo favorecer la propagación de las granjas biológicas y su penetración en las ciudades.

- Cómo multiplicar pequeñas unidades escolares de proximidad, donde sean desterradas las nociones de competición y de deprecación. ¿Utópico? No. En México, en San Cristóbal de las Casas, la universidad de la Tierra propone una formación gratuita en los ámbitos más diversos (a demás de las materias tradicionales: talleres de zapatería, de mecánica, de electrónica, de metalurgia, de física, de agricultura natural, de arte culinario, de música, de pintura, etc.) La única cualidad requerida es el deseo de aprender. No hay diplomas, pero se espera «de los que saben» que comuniquen sus conocimientos gratuitamente y por todas partes.

- Cómo dotar las colectividades de centros de salud donde los primeros cuidados puedan asegurarse con la ayuda de médicos de pueblo y de barrio.

- Cómo organizar una red de transportes gratuitos y no contaminantes.

- Cómo poner en práctica una solidaridad activa a favor de infantes, viejos, enfermos, discapacitados, personas con problemas mentales.

- Cómo poner en práctica talleres de creación abiertos a todo el mundo.

- Cómo reconvertir los supermercados en almacenes donde los productos útiles y agradables sean objeto de trueque o de intercambio de servicios a fin de favorecer la desaparición del dinero y del poder.

Entonces sí votaría. ¡Apasionadamente!

Raoul Vaneigem

Desde Cuba: CUBA EN EL OJO DEL HURACÁN

El 4 de octubre de 2016, el huracán Matthew llegó a la punta este de Cuba después de haber asolado la zona oeste de Haití. Durante interminables horas se ensañó sobre este extremo olvidado de la isla. Cuando finalmente prosiguió su camino hacia las Bahamas y Florida, dejó completamente devastada la pequeña ciudad colonial de Baracoa y de igual o peor manera los pueblos de sus alrededores, sin electricidad ni contacto con el exterior durante un tiempo más o menos largo, dependiendo del lugar. No obstante, no apareció ninguna noticia en los medios de comunicación... A pesar de que la fuerza fue la misma, los estragos fueron menos graves en Cuba que en Haití¹ y, lo que es más importante, no hubo que deplorar ninguna víctima. Podemos preguntarnos porqué los media, tan locuaces cuando se trata de Haití, se olvidaron de Cuba y, sobre todo, cómo se explica una diferencia tan grande en las consecuencias de la catástrofe.

Dos meses después del paso de Matthew, viajé hacia aquellos lugares: a Baracoa y a un pequeño pueblo a una veintena de kilómetros. Al encontrarme con la gente, el primer tema de conversación fue el ciclón. Dónde estaban, cómo lo vivieron, los desperfectos sufridos, las ayudas que recibirán del gobierno, cuando llegará su módulo² y lo que ha cambiado después del ciclón... Sin embargo, más de una vez tuve que oír que lo mejor que le ha podido suceder a Baracoa después de la Revolución ha sido el ciclón Matthew. Difícil de entender cuando fuimos testigos de su progresión y de los desperfectos que ocasionó. Y sin embargo...

El principal motivo por el que podemos decir que Baracoa ha sacado provecho del ciclón reside en la publicidad que le han dado los media nacionales. En Cuba, la región de Oriente (la zona este de la isla) es la más atrasada y más pobre, siendo Baracoa la zona más desfavorecida de esta región. No se hablaba de ella. Allí no llegaba gran cosa excepto un turismo tranquilo y respetuoso seducido por el entorno natural y la apacible belleza de la pequeña ciudad. Sin embargo, las imágenes de la catástrofe suscitaron una

amplia corriente de solidaridad nacional y los medios puestos a disposición para ayudar a la recuperación de la región fueron muy importantes, mucho más importantes y puestos a su servicio más rápidamente que lo hicieron después del paso del ciclón Sandy en Santiago, en octubre de 2012. El gobierno realizó un llamamiento general y desde todos los rincones del país brigadas de gente se pusieron en marcha hacia Baracoa para retirar los escombros e iniciar las tareas de reconstrucción, el ejército en primer lugar, pero también las compañías nacionales de teléfonos y electricidad, ambulancias, equipos médicos y trabajadores de obras públicas. De repente, Baracoa se convierte en una ciudad de la que se habla y de la que no se puede hablar sin tener en cuenta el grado de pobreza en el que vive una parte de su población (el mismo Raúl Castro confesó verse sorprendido por esta situación cuando visitó la región). La ayuda a los damnificados del ciclón se convierte al mismo tiempo en un impulso para la mejora de las condiciones de vida de la zona siniestrada. Familias que vivían en condiciones más que precarias ven como se les presenta una ocasión inesperada para arreglar sus viviendas. Se les ofrecen, además —de manera gratuita o a mitad de precio dependiendo de su situación social— utensilios de uso cotidiano —filtros de agua, sábanas, colchones, cazuelas, hornillos eléctricos que nunca hubieran soñado poseer. El recubrimiento del suelo con hormigón y la instalación de depósitos de agua estaban considerados desde hacía tiempo prioritarios para la mejora de las viviendas, pero hasta este momento el estado no había encontrado los medios para conceder esta ayuda. Ahora el cemento necesario para pavimentar el suelo y colocar cisternas se entrega junto con los materiales de construcción necesarios para la reparación de los estragos ocasionados por el ciclón. Mucha gente sencilla valora estos efectos y se olvidan casi de los malos ratos pasados el pasado mes de octubre. Evidentemente que no todo el mundo ha salido ganando. Algunos, por ejemplo, han perdido la casa que acababan de construir y deben devolver el préstamo que habían solicitado y, en el campo, la situación de los campesinos es dramática. En el pueblo que co-

nozco, por ejemplo, las plantaciones de cacao se encuentran completamente destruidas; se ha perdido la cosecha de este año y no es seguro que pueda haberla los próximos dado que los cacaotales tienen sus raíces al descubierto y los grandes árboles que les daban sombra no han resistido al huracán. Lo mismo sucede con el café. En las plantaciones de cocoteros el suelo está cubierto de enormes troncos entrecruzados y es muy difícil encontrar un coco para saciar la sed. La poca fruta que queda (algunas naranjas y mandarinas) hay que disputárselas a los murciélagos y a los pájaros-carpintero cuando el pueblo impresionaba por la diversidad y abundancia de su producción frutera. Parece que el estado estaba dispuesto a acordar un crédito para la recuperación y otro para la plantación a devolver en un plazo de diez años, pero por el instante no es más que un rumor. De momento no hay trabajo remunerado en el pueblo e incluso la cría de cerdos, que aporta un importante complemento a las familias, se ve complicada por la falta de comida.

Por otro lado, se puede observar por doquier el comienzo de importantes trabajos de infraestructura. Los proyectos se hallaban ya diseñados, pero las arcas públicas estaban vacías, lo que no es el caso en la actualidad. Por lo menos por lo que respecta a Baracoa. En el pueblo que conozco, por ejemplo, se está sustituyendo el principal conducto de agua de hierro fundido que lleva el agua del pantano a las casas, por grandes tuberías de polietileno de gran densidad. Cada casa estará conectada a él, mientras que ahora la tubería que trae el agua es a menudo compartida por varias casas o simplemente no está conectada. Corre también el rumor de que arreglarán la vía de acceso al pueblo que en la actualidad es de tierra y llena de baches producidos por las lluvias. También se habla de una nueva carretera entre Guantánamo y Baracoa y del arreglo de la que une Moa con Baracoa. Se puede soñar... Pero sí que he visto que la carretera que lleva de Baracoa a la punta de Maisí está en fase de construcción, con gran utilización de dinamita, aunque esta ruta servirá para que los turistas, una vez construido el aeropuerto de Maisí, puedan recorrer la región de Baracoa.

También me ha sorprendido enormemente encontrar Baracoa mucho más flamante que en mi anterior viaje con los edificios del centro (evidentemente turísticos) recién pintados. Algunos lugares, como la Casa de la Trova, han aprovechado la ocasión para iniciar trabajos de renovación interior y ampliarse. Las redes de telefonía e internet se han visto mejoradas en muchos sitios. Evidentemente, una desgracia puede traer cosas buenas...

Los desperfectos materiales son importantes pero, como ya he dicho, no hay que deplorar ninguna víctima humana mientras que en Haití se pueden contar más de un millar. Una de las principales causas de la diferencia reside en la llegada nocturna del ciclón, pero esto no obvia que el Gobierno aprendió del paso del desastroso ciclón Flora³ en setiembre de 1963, poco después de la Revolución. La información, las medidas de prevención y la organización de las ayudas son, desde entonces, más eficaces. Desde la televisión, que está prácticamente presente en todos los hogares, se ha hecho un seguimiento al momento de Matthew y se han repetido sin descanso las medidas de precaución: reforzar puertas y ventanas, dejar la casa y refugiarse en una construcción sólida, acumular agua y comida, mantenerse lejos de la orilla, no tocar los cables caídos, etc. Se organizaron brigadas para proteger los edificios públicos (escuelas, almacenes estatales, dispensarios) consolidando tejados y cortando árboles que podían caerse encima, para desmontar líneas telefónicas y eléctricas y, principalmente, para evacuar a la población de las zonas de riesgo. Hubo también que vaciar los almacenes estatales para lo que todo el mudo tuvo que ir a recoger los víveres⁴ a los que les daba derecho su «libreta». Aquí no se discuten las órdenes: o se acatan o se cumplen a la fuerza. Las evacuaciones se hacen voluntariamente o por la fuerza. La autoridad y la disciplina reinan por todos lados incitando de manera automática a la inventiva y al fraude. Sin querer elogiar al estado cubano (como a ningún otro), hay que reconocerle una eficacia real en una situación de urgencia como ha significado el paso de un huracán. De entrada en cuanto a la información y a la prevención como acabo de comentar, pero también en la ayuda de

urgencia y, en cierta medida, en la reparación de los desperfectos sufridos. Las personas evacuadas fueron alojadas en edificios públicos o militares, alimentadas y médicamente asistidas, algunas de ellas todavía están allí. Durante el ciclón los bomberos y la policía estaban al pie del cañón y han salvado varias vidas. A los turistas se les condujo a un complejo turístico en una zona segura. Si la intervención del estado dio sus resultados, hay que decir que la ayuda más rápida y la más eficaz vino de parte de la misma población. Las medidas de prevención no le son extrañas: en mi último contacto telefónico con el pueblo, dos días antes de la llegada del ciclón, solo se oían lamentos y golpes de martillo. Una vez la casa bien protegida, hubo que buscar un abrigo seguro. Aquí no hay problemas de pillaje,» el estado tiene el ojo echado». Los que no fueron evacuados se refugiaron en casa de conocidos que tenían una casa con techo de hormigón o en edificios públicos de obra. En la cima de la colina, donde los camiones del ejército no pueden llegar, las familias se refugiaron en un refugio anticiclón, un «vara-en-tierra», una construcción tradicional de madera, muy baja cuyo techo de palma llega hasta el suelo. De madrugada la mayoría de ellos volvieron a sus casas y al trabajo. En el pueblo que conozco, que no fue uno de los más afectados al estar protegido por el relieve y la abundante vegetación, cada uno se puso a arreglar su casa para, por lo menos, tener una parte seca donde poder habitar. Los vecinos se ayudaron entre ellos de manera muy rápida, los hombres se organizaron para realizar las reparaciones necesarias para que llegara el agua y la electricidad. De esta manera, aunque estuvieron sin línea telefónica durante casi un mes, no tuvieron problemas con el abastecimiento de agua y pudieron reutilizar parte de la instalación eléctrica bastante antes de la llegada de las brigadas de socorro. Como dice Frédéric Thomas en su libro sobre Haití⁵, nunca se habla lo suficiente del trabajo y de la solidaridad de los propios siniestrados que son los primeros en reaccionar y a ayudarse unos a otros. Además, ni Cuba ni Haití se hallaban ante su primera situación difícil. Los habitantes han adquirido una experiencia valiosa, mejor adaptada, sin lugar a du-

das, a la de los equipos humanitarios y un sentido de «arreglárselas» (de «inventiva») muy desarrollado. En el campo, esta primera ayuda ha sido la más eficaz y, en algunos casos, la única.

El olvido que los media internacionales decretaron sobre Cuba, podría interpretarse como un boicot de los media capitalistas hacia el estado socialista si este período no perteneciera ya al pasado, ya que Cuba se está convirtiendo cada vez más en un destino turístico y un lugar atractivo para las inversiones. Las noticias son menos espectaculares que las de Haití, ¿pero no se debe, acaso y principalmente, al estricto control del estado sobre las organizaciones humanitarias que no pueden ir por libre?

Como muy bien señala Frédéric Thomas, los media y las organizaciones humanitarias funcionan codo con codo: sin cuestionar sus buenas intenciones, es cierto que el miserabilismo, las puestas en escena beneficiosas y la exposición de resultados favorables para justificar las acciones humanitarias y continuar captando fondos, necesitan el apoyo de los media. Mientras esta dramatización alcanza su punto culminante en Haití, es imposible en Cuba. Esto no significa que la ayuda humanitaria esté ausente: he visto paquetes con el sello del PNUD —Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo— (vajilla, depósitos de agua), paquetes de Unicef para los niños y otros con el sello conjunto Oxfam y Unión Europea (cubos, filtros de agua). En un pueblo por el que pasé decían que estos paquetes permanecían en unos almacenes hasta la llegada de un representante de una de estas dos organizaciones y constatará que realmente se distribuían gratuitamente a las familias que se encontraban en el ojo del ciclón. Venezuela envió barcos enteros llenos de material. Mientras que en Haití son las organizaciones humanitarias, con presupuestos desorbitados, las que deciden lo que hay que hacer e incluso intervienen en los asuntos de este estado fantasma, en Cuba, ya se trate de grandes organizaciones o de pequeñas aportaciones privadas, todas deben suscribir un contrato con el gobierno. La ventaja se traduce en una mejor planificación de la ayuda en función de las necesidades y de las zonas y una mejor jerarquización de los criterios de prioridad

(destrucción total, destrucción total del techo, destrucción parcial, personas mayores, madres solteras con niños, casos sociales, etc.) El inconveniente es, evidentemente, la centralización y la burocratización de la ayuda que ralentiza la distribución y deja a bastante gente en situaciones problemáticas. Dado el retraso en el reparto de la ayuda, la situación de urgencia que se había decretado por un período de tres meses, se acaba de prorrogar por otros tres.

¿Cómo se organiza la ayuda del estado a la construcción? Después de los grandes trabajos de urgencia (evacuación de los escombros, limpieza y reparación de las carreteras, restablecimiento de las conducciones de agua, de las líneas telefónicas y de electricidad, etc.) había que ocuparse de los siniestrados. De manera bastante rápida, una comisión compuesta por el delegado del CDR⁶, por un trabajador social y por un técnico de la vivienda, pasó casa por casa para evaluar los desperfectos y las carencias. Redactaban una ficha técnica para evaluar las necesidades de cada familia y se les atribuía una cierta cantidad de materiales, que podían obtener a mitad de precio. Por ejemplo, las planchas onduladas para reparar el techo que valen el equivalente de 4€ la placa, se las venden a algo más de 2€. Pero incluso con estos bajos precios, algunas personas carecen de los medios para poder pagarlos. Tomemos el ejemplo de Dalia. Tiene 70 años y vive sola con una pensión mínima (chequera) de 240 pesos cubanos, unos 10€. al mes por lo que limita su alimentación a lo que le corresponde por la libreta. Su casa solo ha sufrido desperfectos en el techo, pero carece del confort más elemental. Después de la evaluación, se le asignó un «módulo» consistente en, además de los materiales para el techo, cemento para el pavimento de las habitaciones, un depósito para el agua, luces de neón y cable eléctrico. Pero, ¿cómo puede ella pagar todos estos materiales, aún a mitad de precio, con sus escasos ingresos? Sin embargo tiene derecho a una «bonificación» o sea, que los precios se calcularan en función de los ingresos. Resultado final: 1.000 pesos cubanos (alrededor de 40€.) por la totalidad, cantidad que se irá descontando poco a poco de su pensión. El problema reside en que, pasados cuatro meses, todavía no ha

recibido nada... En cuanto a sus vecinos, todavía no han acabado de pagar el techo que destruyó el anterior huracán.

Muchos edificios públicos se han transformado en centros de distribución de materiales de reconstrucción (por ejemplo, y mal que me pese, la biblioteca pública de Baracoa). La gente va a buscar allí el módulo que tiene asignado. Allí es la abundancia: almacenes de lo más diverso llenos de materiales para la construcción, pero también de colchones, cazuelas, trapos de cocina, sábanas, vajillas, filtros de agua, etc. El problema es que estos objetos tardan en salir de los almacenes mientras hay gente que carece de colchón para dormir y de placas onduladas para cubrir el techo. La causa puede ser la incompetencia y más a menudo la lentitud burocrática. La casa de Mariana fue destruida por el ciclón y desde hace tres meses está viviendo en casa de su hija con su marido enfermo. Le concedieron una subvención⁷ pero los materiales no le llegan mientras que su hija, cuya casa se salvó, ya ha recibido —y colocado— las tejas que necesitaba para arreglar su techo. Podríamos hablar de incoherencia administrativa... Respecto a la lentitud se puede entender por la existencia de una organización y un control puntilloso justificado por una preocupación por la justicia social. Cada ficha técnica se envía a la «zona de defensa»⁸ para la firma y asignarle un presupuesto financiero basado en la cantidad de materiales que le atribuye el técnico de vivienda. A continuación se remite al trabajador social, que fija las condiciones de pago en función de la situación social de los siniestrados (pago al contado a mitad de precio, retención salarial, crédito, bonificación, subvención). Si se trata de una bonificación o de una subvención, la ficha se manda al gobierno municipal de Baracoa para su aprobación, si se trata de un crédito, en cada zona de defensa hay un delegado bancario para realizar las formalidades necesarias. Un ejemplar de la copia se conserva en la administración de la zona de defensa y otra se entrega a la persona afectada. Pero previamente se debe encontrar dicha ficha, lo que lleva su tiempo dado que ningún dato está informatizado y los papeles se pueden perder fácilmente. Después hay que esperar a que los materiales co-

rrespondientes lleguen al punto de distribución. Los que pueden pagar en metálico pueden llevarse enseguida el módulo que les corresponde, los demás, deben todavía pasar por algunas comprobaciones burocráticas suplementarias. En el mejor de los casos se establece un orden de prioridades en función de la gravedad de los casos. Asistí, por ejemplo, a una distribución gratuita de colchones (uno por familia) que estaban reservados para los habitantes de otro pueblo que habían sido víctimas de la destrucción total de la casa o del techo. Los restantes llegarían más tarde y deberían pagarse a mitad de precio. Esta lentitud y controles no impiden los desvíos, el favoritismo, la corrupción y los fraudes aunque los limitan bastante. La veracidad de las fichas técnicas es objeto de un control aleatorio con sanciones en caso de abuso. He sabido de casos de trabajadores sociales que revendían o desviaban objetos guardados en los almacenes y que fueron descubiertos durante un control aleatorio. Detenidos por la policía, están a la espera de juicio.

A estas diferentes ayudas hay que añadir medidas generales de crisis para la región de Baracoa: distribución suplementaria y gratuita de arroz y frijoles, control temporal del precio de algunos artículos de venta libre, reducción temporal del precio de los transportes, venta a precios reducidos de algunos productos básicos (jabón, por ejemplo), exención temporal de algunos impuestos (transporte privado, alojamientos turísticos), etc. Algunas de estas medidas son bien recibidas, otras generan efectos perversos, pero lo que está claro, es que en Cuba, cualquiera que sea el origen de la ayuda, el donante generoso es siempre el estado...

En conclusión, lo que sorprende con relación a Haití, es el control (férreo) del estado en todo lo que tiene que concierne la prevención y la ayuda en relación con el ciclón. A pesar de sus limitaciones y errores, hay que reconocer que el resultado es mucho más positivo que en Haití y ha permitido evitar pérdidas humanas (si exceptuamos algunas muertes por infarto después del paso de Matthew), de lo que te das cuenta cuando entre ellos tienes seres queridos que estuvieron en el ojo del ciclón. Además mis contac-

tos en el lugar me permitieron apreciar en su justo valor el ingenio y la solidaridad de los cubanos entre sí. Y lo que es sorprendente, para la europea que soy, es que nadie se muestra desesperado ni abatido. La situación es la que es, hay que adaptarse a ella. Se quejan de la lentitud administrativa pero saben que un escándalo no haría sino empeorar las cosas. Se afronta la situación con paciencia, se intenta esquivar las dificultades y la vida continúa entre reproches, música, ron y risas. ¿Educación socialista o vitalidad cubana?

Geneviève Michel

Desde Barcelona: CONTRA LOS TURISMOS

“Tourisme est la chance d’aller voir ce qui est devenu banal”

Debord, 1994

En la Francia anterior a la segunda guerra mundial las luchas de los obreros por conseguir la semana de las 40 horas (ocupaciones de fábricas, huelgas de brazos caídos, luchas contra las horas extraordinarias, etc.) paralelamente al ascenso del Frente Popular (1936-38), fuerza en la primavera de 1936 el acuerdo de Matignon por el cual la patronal cede al aumento de los salarios, las vacaciones pagadas y la semana de cuarenta horas, que equivale a disponer del fin de semana festivo.

Siguiendo la lógica del desarrollo del período fordista (producción en masa consumo en masa), la organización del tiempo libre se convierte en uno de los principales sectores de la economía del Frente Popular francés, lo que imprime un gran desarrollo a la industria del turismo. El sindicato de la CGT crea su propia agencia de turismo, el Centro de Esparcimiento y Vacaciones de la

Unión de Sindicatos o la subsecretaría de Estado de los Deportes y Esparcimientos, son algunos ejemplos de este desarrollo, al tiempo que aparecen nuevas reivindicaciones como el “derecho a la nieve” o “la Costa Azul para todos”.¹ Desde entonces esta actividad no ha hecho más que crecer y se ha convertido en la industria de crecimiento más rápido del mundo. Fenómeno que nos puede dar una idea (y del que España es un magnífico ejemplo) de las mutaciones a las que ha sido sometido nuestro entorno, transformando paulatinamente nuestro hábitat en el espacio del capital por excelencia, restringiendo su uso a ser escenario de las actividades mercantiles y a consumirse como cualquier otra mercancía.

La industria turística consiste en un proceso global de mercantilización, de apropiación por desposesión del patrimonio material e inmaterial, mediante el cual ciertos bienes son transformados en valores de cambio. Procesos orientados a producir y transformar espacios para ser consumidos como mercancías. En su evolución, se ha pasado del modelo fordista a gran escala a una diversificación de la producción basado en la sostenibilidad, el consumo responsable, el ecoturismo, la excelencia de la experiencia...

La industria de la turistificación es actualmente la responsable de producir las “ciudades fantasía” que después de expulsar a sus viejos habitantes² (según los economistas, entre el 80 y 90 por ciento de la población residente en los “centros” de las ciudades será empujada hacia la periferia), reacondiciona los centros históricos para reconvertirlos en espacios dysneificados para el consumo. Estos “espacios de simulación” son logrados mediante campañas de promoción de contenidos históricos, culturales, arquitectónicos, paisajísticos; orquestados por los agentes

¹. La maternidad del week-end, Michael Seidman, Etcétera (2004).

económicos involucrados, las instituciones locales y el Estado, dirigidos a alimentar el voraz e insaciable fetichismo turístico.

Espacios trastocados por la mercancía, calles que no son sino escaparates del súper mercado, plazas cuyo uso ha sido prácticamente privatizado, ciudades-mercancía, no lugares. Producción del espacio que no habría podido llevarse a cabo sin una transformación igualmente radical de las relaciones sociales entre los “hombres”, acotadas en el marco de las relaciones mercantiles de compra-venta. Cambios acontecidos en las relaciones de explotación del trabajo asalariado, que corren paralelamente al ascenso del “tiempo libre” y nos remiten a considerar brevemente la dominación del tiempo de las personas.

La disposición de “tiempo libre”, históricamente, no se puede considerar al margen del tiempo de trabajo que es el tiempo que vendemos a cambio de un salario. Dado que en la sociedad capitalista solo disponen de “tiempo libre” aquellas personas que poseen los “medios” de subsistencia, aquellas otras desposeídas deben tratar de vender su tiempo o emplearlo para obtenerlos. Entonces, para poder determinar la naturaleza de aquel que llamamos “libre”, sería conveniente analizar su contrario, teniendo en cuenta que no nos referimos al tiempo de descanso que discurre para volver al trabajo.

El tiempo vendido a cambio de un salario no es libre, no nos pertenece, está sometido a la voluntad de aquel que paga por él, a los imperativos definidos por el mercado, al marco regulador, etc.; es el tiempo de la persistente desposesión. Bajo la condición de desposeídos del tiempo, la dimensión que adquiere el calificativo de libre no nos parece nada desdeñable, aunque deberemos considerarla en profundidad más adelante, cabe preguntarse qué supone el “tiempo libre” cuando nos referimos a un tiempo que continúa inscrito en la lógica de mercado y qué relación tiene con el consumo de espacio y de experiencias.

El mercado es el que determina el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir cualquier mercancía, aquello que se podrá vender y lo que no, el tiempo de producción y el tiempo de

trabajo. El contenido del “tiempo libre” vinculado al consumo de mercancías de ocio está definido y queda circunscrito a las posibilidades y expectativas del mercado. De tal manera que el mercado estrecha el círculo del tiempo, corre hacia su materialización como mercancía (valor). Desde el tiempo de trabajo vendido al consumo de tiempo libre, la experiencia del tiempo acaba por ajustarse a lo realmente posible en términos capitalistas.

Librarnos del tiempo sometido sin más tiempo fuera del alcance del mercado, de sus relaciones y su fetichismo, reduce el horizonte de aquello que podemos desatar con nuestro tiempo y nos aboca directamente al consumo del espacio. A la “conquista”, facilitada por la técnica de los transportes, de lo exótico, lo mundano y lo genuino, y de cualquier espacio expresamente acondicionado para ello: ciudades-turísticas, espacios confinados para la contemplación, espacios de excepción.

En el consumo de espacio parece encerrarse la clave de las expectativas de libertad. Lo podríamos titular: redención del tiempo a través del espacio. Finalmente la gran evasión consiste en una huida controlada y cíclica que facilita el retorno atenuado de la servidumbre.

Habiendo reducido las expectativas del tiempo, también sus posibilidades de liberación, el horizonte humano fijado por el mercado, colocado a la vanguardia de las necesidades, sigue abriendo nuevos segmentos de negocio dedicados a multiplicar la oferta de experiencias con las que olvidar o superar la anodina existencia. Ahora podemos saborear la diferencia y experimentar aquella situación bajo ambiente controlado y mínimo riesgo. Mercancías simbólicas a las que se suman nuevos lugares y viejas experiencias y que ya nos permiten atravesar algunas favelas o experimentar el recorrido de los “espalda mojada”.

El “tiempo libre” realizado en el mercado sigue fielmente la lógica del tiempo de libre mercado, un tiempo fetichizado que consume representaciones del “otro” y de lo “otro”, que transcurre en espacios especializados donde las relaciones sociales están

desligadas del lugar, donde los turistas se apelotonan y contemplan, consumiendo mercancías simbólicas que permiten adquirir “experiencias de lugares” detentadas como capital simbólico en sus respectivos espacios sociales.

El mercado capitalista se amplía nutriendo la fetichización de la mirada turística que recorre el mundo y nuestro tiempo, colonizando aquello que hasta ahora había escapado a su dominio, lo impensable, estrujando y consumiendo tiempo, siempre a la búsqueda... El viaje es otra cosa.

CS., junio 2017



ÚLTIMOS TEXTOS EDITADOS:

- 47 Los viajes de Gulliver. Viaje a Laputa. Jonathan Swift
- 48 Espartaco y la llamada revolución de los gladiadores. G. Walter
- 49 Mi itinerario intelectual o el excluido de la horda. G. Gurvitch
- 50 La corrida de toros en Madrid. E. Coeurderoy
- 51 La servidumbre voluntaria. Un estudio... André May
- 52 Espejos. Pierre Mabilie
- 53 Una sublev. proletaria en la Florencia del s. XIV. Nicolás Maquiavelo / Simon Weil
- 54 Peter Watkins. Cineasta y crítico de los media.
- 55 Más allá del marxismo, el anarquismo y el liberalismo: la trayectoria científica y revolucionaria de Bruno Rizzi. Paolo Sensini
- 56 Los cazadores de estrellas. Claudio Albertani
- 57 Del nuevo mundo y otros escritos. Pierre Mabilie
- 58 Reflexiones sobre el progreso técnico. Jacques Ellul
- 59 Los antepasados del hombre. Sadeq Hedayat
- 60 Consideraciones sobre la crisis. Etcétera
- 61 Información y propaganda. Jacques Ellul
- 62 La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel. Alex. Kojève
- 63 El enigma del dinero. Karl Marx
- 64 Tesis para una teoría de las necesidades. Günther Anders
- 65 Anotaciones entorno a la crisis
- 66 El fin del pacifismo. Osvaldo Bayer
- 67 Libros visitados. Etcétera
- 68 La solución de continuidad. Paul Nougé
- 69 Un jurista excepcional. Pedro Dorado
- 70 El actual estado del malestar. Etcétera
- 71 El reloj. Jean Malaquais
- 72 Figuras del romanticismo anti-capitalista. Sayre / Lôwy
- 73 Focos de incendio (Fragmentos) Nicolás Calas
- 74 La ideología del trabajo. Jacques Ellul
- 75 La cárcel Modelo de Barcelona. Cien años bastan... Etcétera
- 76 El discurso de la servidumbre voluntaria. La Boétie
- 77 Quienes *no han tenido jamás el «derecho» a la palabra, la toman ya*
- 78 Joaquin Penina, el fusilado de Rosario (1901-1950). O. Bayer, E. Colombo
- 79 Ciudades ideales. Colin Ward
- 80 Manifiesto de la Liga Socialista. William Morris



ETCETERA
La Cera, 1 bis.
08001 Barcelona

